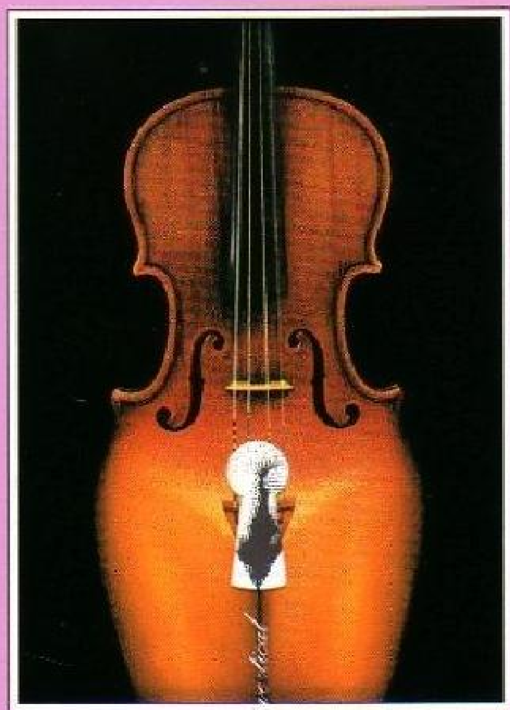
Mayra Montero

Púrpura profundo





El vital y seductor Agustín Cabán, crítico musical de un periódico, acaba de jubilarse. Dispone ahora de mucho tiempo libre, pero no le apetece viajar ni jugar con los nietos; sólo tiene un deseo: invocar los fantasmas que hasta el momento han sido casi su única razón de vivir. Sebastián, el entrañable jefe de la sección de espectáculos del periódico, le da el empujón definitivo: lo anima a escribir una memorias.

Mientras Sebastián devora, lleno de envidia y entusiasmo, las páginas que le va entregando el crítico musical, el lector va internándose en el mundo amoroso de Agustín, y conocerá sus apasionadas aventuras con la violinista Virginia Tuten, poseedora de un extraño fuego caribeño que estuvo a punto de hacer zozobrar el matrimonio del crítico; con el pianista Clint Verret, que no fue el único hombre en la vida de Agustín, pero sí el que lo llevó al borde del enamoramiento; con la transparente Clarissa Berdsley, intérprete de trompa que mantiene unas curiosas relaciones con un murciélago. Y si su pasión por Alejandrina Sanromá, virtuosa de la celesta, llevó a Agustín al goce más etéreo, su obsesión por la tórrida violinista Manuela Suggia desató en cambio sus más bajos instintos y lo arrastró hacia los infiernos.

Estas y otras historias conducirán a Agustín por senderos insospechados, desde *ménages à trois* hasta torturadas relaciones de corte sadomasoquista, pues cada intérprete «toca» en él una cuerda muy distinta. Pero de lo que no cabe duda es de que, para Agustín, la música ha estado siempre vinculada a la pasión sexual; para él, conquistar al músico significa poseer no sólo a la mujer (o al hombre), su carnalidad —el púrpura profundo, en última instancia—, sino también saberse dueño de una implacable, irrepetible melodía: la Música, con mayúscula, que ambicionamos todos.



Mayra Montero

Púrpura profundo

La sonrisa vertical 112

ePub r1.1
Titivillus 27.10.15

Título original: *Púrpura profundo*
Mayra Montero, 2000

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Jorge.

¡Los «nocturnos» son tristes!
¡Las «marchas», duras!
¡Las «oberturas» pronto son
«aberturas»!

Luis de Tapia, «Música»

(…) No perdura
más que el goce y la textura
de un instante: ese es mi lema.

Severo Sarduy,
«Un testigo fugaz y disfrazado»

Despedirse de la profesión es como despedirse del sexo. Uno se aferra, yo me aferro a este pequeño escrito como si fuera un cuerpo de mujer, el último que abrazaré en mi vida.

Camino a pie firme por la redacción y noto que nadie me saluda de una manera especial. En el fondo, esperaba lo contrario: que mostraran incomodidad o nerviosismo; temor de mirarse en mi espejo, y por eso mismo, cierta urgencia por salir de mí.

No tengo que preguntar por Sebastián, el jefe de Espectáculos. Sé que lo encontraré en la oficina del editorialista, que es la más discreta y apartada de todas. El hombre sale a comer entre una y dos, y Sebastián aprovecha su ausencia para meterse debajo de su escritorio, ponerse un antifaz y echar una siestecita. Antes de conciliar el sueño, hojea las revistas que en su casa no se atreve a hojear: atletas culones, mulatos pródigos, muchachitos en flor. Cualquier día se jubilará también, y al alejarse de su profesión se alejará de sus revistas; de los torsos que suele acariciar apenas con la yema de los dedos; de los muslos que nunca va a morder, y de los vientres que se quedarán, ya para siempre, sin conocer el roce de su viejísima lengua. En cuanto se aleje del periódico, se alejará de todo lo que deseó en silencio. Como me alejo yo, que en silencio deseé, pero también cumplí: calladamente me he comido el mundo. O eso he querido creer.

—Sebastián —lo llamo—, ¿estás despierto?

Además del antifaz, lleva una cinta de felpa atada alrededor de la frente. La cinta está empapada en alcoholado, y eso quiere decir que la migraña lo ha agarrado fuerte.

—Aquí tienes mi último escrito —le digo, y pongo los papeles sobre el escritorio.

—Las fotos ya llegaron —responde, quitándose el antifaz.

La cinta empapada en alcoholado es el único vicio que le debe a

su mujer. Eso, al menos, es lo que dice Gloria, su esposa, profesora de literatura inglesa, dama flemática y sutil, sabedora de lo que tiene en casa. Todas pretenden no saber, pero en el fondo saben.

—Deberías sacar cuentas —me dice Sebastián, entreabriendo los párpados—. Con todas las virtuosas que te tiraste, hubieras podido organizar tu propia banda.

—Algún que otro solista también cayó —admito, saboreando de antemano su sorpresa. ¿O acaso no se sorprenderá?

Sebastián se ríe, pero lo hace como con cierto susto. Sé que he pulsado una cuerda peligrosa, y él se incorpora para escuchar mejor. Entonces pienso que debo darle esa alegría. Para él, también, tiene que ser una alegría.

—Fue hace como veinte años. Era un pianista australiano, quizá te acuerdes de él, se hacía un moñito atrás.

Se pone de pie y se sacude el pantalón, se afana en eso para ganar tiempo. Yo sólo miro su cara ilusionada, esos ojos que se han llenado de un intenso, doloroso estupor.

—Por supuesto, se soltó el moñito. Tenía la espalda blanca, blanquísima, y unas manos pecosas.

—Me acuerdo de ese pianista —murmura Sebastián, y empieza a masticar en seco, en un gesto de pura senectud.

—Clint Verret —muerdo su nombre—, y te aseguro que no fue el único.

Niega con la cabeza, tratando de parecer incrédulo. Pero a estas alturas, con mi última reseña puesta sobre el escritorio, que es como decir con el cañón de un revólver apretado en la sien, sabe que soy incapaz de mentir.

—Lo seguí a Denver. Pasamos tres días por allá.

—Te vas a morir —augura Sebastián—. No puedo creer que te estés confesando.

—Ya estoy muerto —le digo bajito—, cuando acabé de escribir esa reseña me morí de angustia.

Ambos sabemos lo que tendré que soportar ahora. Dentro de cinco minutos me llamarán a la oficina del director, caminaré hasta allí como si no sospechara nada y me toparé con la fiestecita de despedida. Algunos intentarán darme consuelo: me hablarán de la suerte que tengo de poder viajar; de lo mucho que se disfrutan los nietos, y del gustazo de sentarse a leer los libros que antes no tuve

tiempo de leer. No les voy a decir que ya no viajo; mi mujer insiste, pero he perdido el interés. Y que no me hace ninguna gracia dedicarme a los hijos de mi hija, llevarlos al centro comercial, comprarles chucherías, ¿quién quiere envejecer como un idiota? Tampoco tengo por qué ponerme a leer, a estas alturas, los libros que una vez pasé por alto. Quiero hacer exactamente lo que estaba haciendo cuando me propusieron que me retirara: enseñar historia y literatura orquestal en el conservatorio, y hacer crítica musical para el periódico. Lo del conservatorio se acabó hace meses, pero tenía esperanzas de continuar escribiendo mis reseñas. Poseo toda la experiencia necesaria, y apuesto a que después de tantos años, soy el único que tiene esa perfecta dosis de malicia. Sé calibrar a un músico desde el momento en que lo tengo delante. Si es mujer, miro la forma en que alza los hombros, o la manera en que aprieta la boca. Y si es hombre, siempre me fijo en la entrepierna, y sobre todo en la forma en que mueve los pulgares.

—Escribe —sugiere Sebastián— tus memorias o algo así. ¿No decías que guardabas los apuntes para escribir un libro? Dale forma, Agustín, hazlo ahora. Lo firmamos con un nombre falso.

Sebastián se incluye para que lo sienta cómplice. Ya otras veces he pensado en eso: escribir una especie de cuaderno, o diario, y contar la historia de Virginia Tuten, la verdadera historia que vivimos juntos; la vorágine junto a Manuela Suggia, todo el horror de su final humano; mi relación con Clint Verret, ese amoroso depravado, y las riesgosas manías de Rebecca Cheng, con mucho, la mejor clarinetista que ha pasado por esta ciudad. Y por mis brazos.

Mati, la secretaria del director, nos interrumpe: su jefe me espera y debo darme prisa. Digo que sí con unos ojos tristes, como si me acabaran de avisar que va a salir mi entierro. Sebastián suelta una risita burlona y lo miro por última vez; por última vez como el buen crítico que he sido. Necesito saber que fui el mejor. O no, no hace falta que nadie me lo diga. Sé que fui bueno, o tal vez especial, yeso ocurrió porque la mayor parte de las veces juzgué a los músicos por sus instintos; valoré sus dotes como ejecutantes de un modo diferente: además de escuchar su música, los olfateaba, los oía hablar, auscultaba el rumor de sus vísceras. Tal vez suene prosaico, pero el alma musical está en las tripas: lo pude comprobar allí, pegando el oído y escuchando atento.

Sebastián tiene un bigotito antiguo y canoso que parece falso; y el cabello abundante, canoso también. Los ojos los tiene un poco hundidos —a nuestra edad, todo se hunde— y las mejillas fláccidas. Parece un piel roja con la cinta de felpa amarrada alrededor del cráneo.

—Sólo te falta la pluma —le digo, antes de ser arrastrado por el gordo Romero, redactor de Deportes.

Tan pronto me ven aparecer, los compañeros aplauden, me estrechan la mano, y algunos me dan palmaditas en el hombro. Ibsen, la redactora de Sociales, me entrega una caja envuelta en papel de regalo. Abro la caja y aparto papeles de seda hasta que encuentro la camisa del pijama. Es de satén azul y tiene mis iniciales bordadas. Ese pijama me recuerda otro, el que llevaba Virginia Tuten la tarde en que me abrió la puerta. También llevaba un collar de perlas, pero eso es parte de la historia que voy a relatar; de la belleza que me he guardado durante tantos años, o de los horrores que voy a vomitar hasta que se me arrugue el alma.

Mejías, el jefe de Redacción, me entrega mi penúltima reseña, puesta en un marco plateado que lleva una inscripción grabada. Evito leerla, sospecho que se trata de un parrafito deprimente. El nuevo crítico musical, un tipo joven, me mira con algo que parece gratitud, pero que también pudiera ser alivio; y el director, por decir algo, dice que por favor no los olvide.

—Vendré a escribir de vez en cuando —respondo, con un hilo de voz, pero no me hacen caso. Si me lo hicieran, la despedida no tendría razón de ser; mi anunciado retiro sería como una tomadura de pelo y el mundo no tendría orden, ni destino, ni fatalidad.

Finalmente, alguien insiste en que diga unas palabras. Me siento ridículo, casi inmoral sosteniendo ese pijama azul entre las manos.

—A lo mejor escribo un libro —digo—, pero no de mis memorias. Unos comentarios sobre los músicos que conocí…

Hay más aplausos, reparto de canapés y unas copitas de plástico con vino tinto. Según se acerca el final de la celebración (¿qué celebramos?) siento que empieza a descender la losa. Me falta el aire, pero volveré muy pronto. Vendré a buscar mis notas, mis papeles, hasta un mechón de pelo (pelo púbico, qué importa el otro) que guardo de Alejandrina Sanromá, genio de la celesta.

Sebastián me toma por un brazo y se ofrece para acompañarme

al auto. Salimos al pasillo, entramos en el ascensor sin pronunciar palabra. De pronto me echo a reír.

—Amamantaba a un murciélago —digo con voz entrecortada; la carcajada apenas me permite hablar.

—¿Quién? —pregunta Sebastián.

—Esa mujer que tocaba la trompa, Clarissa Berdsley, ¿has puesto alguna vez la boca dónde la puso un bicho?

Sebastián echa hacia atrás la cabeza y en eso se abren las puertas del ascensor.

—Pocas veces, querido. Para mi desgracia, pocas.

Virginia

Un violinista chino, de paso por San Juan, se abrió frente a mis ojos la camisa y me mostró lo que desde ese instante yo llamé la «marca de Saint Saëns». Era una gruesa línea de color marrón que le corría por la base del cuello, del lado izquierdo, sobre la clavícula, y que hubiera podido tomarse por otra cosa, por la huella de un dedo tiznado, por ejemplo, o por una antigua quemadura.

Me aseguró que su caso no era de los más graves. A otros violinistas también se les irritaba la piel allí, donde apoyaban el violín, y con el roce —o la pasión de ciertas melodías— se les formaban ampollas, laceraciones más o menos severas que en ocasiones se infectaban. Agregó que había sabido de un virtuoso ruso a quien la interpretación de ciertas piezas de Saint Saëns le provocaba un malestar tan intenso que a veces, finalizado el concierto, los médicos se veían en la necesidad de aplicarle morfina.

Subrayé el dato y lo reservé para mi archivo. Después de andar tanto tiempo acribillando a músicos que saben o no saben lo que dicen, he optado por guardarme los mejores secretos y llevar al periódico el resto, lo mínimo que la gente espera, no mucho y nunca nada personal. Tengo una notable colección de indiscreciones y frases insólitas. Se asombrarían los aficionados si supieran los términos tan carnales, ¿o debo decir carnívoros?, en que se expresan algunos solistas con respecto de sus instrumentos, o con respecto de la música que interpretan.

Aquella vez, el violinista chino se sorprendió cuando me incliné para mirar la marca en su cuello. Hay sólo dos imágenes que nos sobrecogen para toda la vida. Una tiene que ver con la muerte: generalmente es la boca, los párpados o las manos de un cadáver de la familia. La otra tiene que ver con el deseo, o mejor dicho, con el presentimiento de un deseo.

Viéndola de cerca, en una piel que entonces, por un instante, no

fue amarilla ni blanca, ni de hombre ni de mujer, me entraron ganas de olfatear y de besar la huella del violín, el daño que había hecho. Cerré los ojos y sentí que en ese trance me estaba jugando algo distante y no completamente mío. El violinista interpretó mi gesto de otro modo y se apartó perplejo. Pero no fue hasta que conocí a Virginia, varios años más tarde, que descubrí que este incidente había tenido su azar justificado. Lo del azar justificado me lo enseñó hace tiempo un guitarrista brasileño, y al principio me pareció un concepto disparatado, pero poco a poco le fui cogiendo el sentido. Y lo vine a comprender del todo la mañana en que vi a Virginia por primera vez.

Llegué al teatro cuando el ensayo había empezado. Avancé por entre las butacas vacías y me ubiqué en un extremo de la novena fila, tal como ha sido mi costumbre desde que me inicié en este oficio. Soy partidario de asistir siempre a los ensayos, aun cuando conozca perfectamente al solista. En el caso de Virginia, la verdad es que no la conocía de nada; no había escuchado una simple grabación suya; ni tampoco reparé en la foto que enviaron al periódico, junto a su biografía.

Por eso, porque me había hecho la idea de que era norteamericana, y ni siquiera sospechaba que era nacida en Antigua —Virginia Tuten es la única solista de que se tiene noticias que haya salido de ese insólito agujero tropical—, me sorprendí cuando vi a aquella mulata corpulenta, una nodriza pecadora que interpretaba, en mi opinión sin demasiado brío, *Salut d'amour*, la pieza más empalagosa de Elgar.

Entorné los ojos y entonces me acordé de la «marca de Saint Saëns». Como un relámpago, la imaginé algo más corta, quizá más gruesa, mucho más tenue sobre la piel de esta mujer. Terminó de tocar y movió la cabeza de un lado para otro, con ese movimiento de potro impaciente que suelen hacer los violinistas para relajar los músculos del cuello. Luego se acercó al pianista y juntos se pusieron a mirar algún detalle de la partitura. Ella quedó de perfil, y en lugar de mirarle hacia los pechos, que eran de estructura y densidad más bien notables, bajé la vista y reparé en sus pies.

Los pies suelen decirme mucho sobre el carácter musical de un violinista. Me fijo en el tamaño y la forma; en la manera en que el músico los junta o los separa; también les miro las pantorrillas y de

algún modo sé que la expresión surge de allí, de los tobillos y las corvas. La tarde del ensayo, Virginia llevaba unas alpargatas blancas: no puedo concebir algo más dulce ni más propio para una violinista que se va a meter, como una ninfa, en *La fontaine d'Aréthuse*. Fue en ese momento cuando sentí la urgencia de salir de la novena fila y sentarme más adelante, justo en el centro: por primera vez en mi carrera, tuve y caí en la tentación de hacerme notar.

Antes de empezar con el ensayo de la segunda parte, la oí indicarle al pianista que se tomaría un descanso. No me moví de la butaca hasta que la vi desaparecer, arrastrando un poco las piernas, y me di cuenta de que, o no era una mujer muy ágil, o era de las que bajaba el tono en los ensayos. Algunos cantantes, sopranos y tenores, ensayan en susurros para no malgastar la voz; los violinistas a veces suprimen los movimientos bruscos, guardan silencio para concentrarse, hacen comidas ligeras, y en muchos casos, se abstienen de tener sexo la noche que precede al estreno.

Me pregunté, mientras llamaba a la puerta de su camerino, si Virginia Tuten también se andaría con tantos melindres. Me lo seguí preguntando cuando vino a abrirme una mujer robusta, rubia, evidentemente norteamericana, y tuve la sospecha —más que sospecha, una certeza socarrona y cruel— de que acababa de interrumpir algo importante. Eso se puede oler, cualquiera que se lo proponga puede olerlo. Vi su cuello húmedo y su falda arrugada, y por si eso no bastaba, vi sus ojos ladinos, esa sed tan propia de varón. Sonreí para mis adentros: aquella rubia que se presentaba como la secretaria de la violinista, en realidad había estado besándose con ella, acariciando los pechos de la muy virtuosa y rogándole que se calmara. Tal vez Virginia Tuten estaba demasiado tensa. A medida que van envejeciendo, las violinistas, no sé por qué, se vuelven inseguras. Debería ser al revés, en el piano es al revés, pero con el violín ocurre lo contrario: cuanto más jóvenes, más lanzadas. Y luego se van volviendo tímidas, se apagan un poquito cada día, hasta que se retiran, generalmente a edades más tempranas que los hombres.

—Virginia no se siente bien —dijo la rubia, después de que yo me identificara y le recordara que habíamos concertado una cita—o Está algo tensa, ¿no podría entrevistarla por la tarde?

Sonreí tratando de parecer idiota. Me di cuenta de que, para llegar hasta la violinista, tenía que pasar por el cedazo de una leona muerta de deseo. Soy —o fui— un crítico musical intuitivo. Le dije que no tenía inconveniente en esperar hasta la tarde, y que tal vez era mejor así, puesto que el fotógrafo podría retratada en los alrededores del hotel, rodeada de los pavos reales, o caminando por la playa.

La mujer mordió el anzuelo. Yo en ese entonces tenía buenas espaldas, cabellos negros, impecables modales y un bigotazo al uso. No era un enclenque, quiero decir, no parecía un melómano, y mucho menos crítico musical. Cualquiera con más mundo hubiera adivinado que, tras la cordialidad, estaba la garra. Pero mi manera de hablar, de mostrarme complaciente y acceder a que la entrevista no se realizara en el teatro, como era usual, sin duda la llevó a creer que estaba en presencia de un tipo inofensivo. Cerró la puerta y mi expresión debió de transformarse. Me la imaginé regresando al lado de la violinista y contándole que había logrado despachar a un periodista, un incordio que había insistido en veda en el hotel, sobre las cinco de la tarde. Virginia, con los ojos cerrados, guardaría silencio. Su secretaria, entonces, aprovecharía para besada en los labios —un beso suave, pero muy riesgoso— y la dejaría descansar unos minutos antes de volver al ensayo.

Llamé al periódico, solicité un fotógrafo y me fui a mi clase en el conservatorio.

Poco después del mediodía llegué a casa; mi mujer no había llegado aún del bufete y la niña practicaba el piano bajo la supervisión de mi suegra. Me di un baño y me cambié de ropa, y antes de salir de nuevo busqué algunos datos sobre Edward Elgar. *Salut d'amour* había sido compuesta para su alumna, Alice, y la tocaban juntos: Elgar al violín y Alice al piano. Era toda la información, llamémosle íntima, que tenía en mi poder. Pero en cierto modo me bastaba, y pensé que con ella a mano podría cocinar alguna maravilla.

Besé a mi hija y tuve ese pálpito que tenía siempre cuando la veía en el piano: ¿qué tal si algún día se convertía en concertista de éxito, y caía en las manos de un viejo zorro como yo? ¿Qué tal si ese zorro le contaba una historia apócrifa acerca de los amores de Béla Bartók con una jovencita a la que desnudaba, embadurnaba

con una mezcla de cacao y palinka, ese aguardiente húngaro color de sangre, para luego lamerla y masticarla en pedacitos?

Me incliné sobre la niña, le corregí la postura de la espalda y le recomendé que estuviera atenta a la posición de la mano izquierda. Le pedí a mi suegra que no la perdiera de vista. Ambas sonrieron y yo me sentí miserable. Salí a la calle y fui en busca de un carro de alquiler. Por esos años, me movía casi siempre en taxi. Había aprendido a conducir muy joven, pero el automóvil a veces era un obstáculo para ciertos planes. Una solista jamás subirá al auto conducido por un crítico musical a quien no conoce; es una regla tácita que sólo incumplen, de vez en cuando, las chelistas. Que nadie me pregunte por qué ellas, y no, por ejemplo, las mujeres que tocan el clarinete, o las que se dedican el oboe. Las chelistas tienen una actitud más abierta hacia casi todo. Y el hecho de subir a un automóvil con un crítico que al día siguiente las puede crucificar, musicalmente hablando, las trae sin cuidado.

A las cinco menos cuarto llegué al Caribe Hilton, atravesé el vestíbulo y me dirigí al telefonillo para llamar a la habitación de Virginia Tuten. Conté seis timbrazos, pero nadie contestó. Comprobé el número de habitación con uno de los empleados; volví a llamar, ocho timbrazos esta vez, y nadie levantó el teléfono.

Era imposible que no hubiera regresado del ensayo. Las violinistas, por lo general, no van de compras; no se detienen en ningún restaurante; ni siquiera se les ocurre dar un paseo por la ciudad. Todas tienen prisa por regresar al hotel, seguir ensayando a solas, y encargar una comida ligera, que generalmente acompañan con agua mineral. He conocido a muchas, las he visto moverse por la habitación; me he levantado yo mismo para recibir la bandeja con los alimentos y permitir que la virtuosa, desnuda y con el arco aún en la mano, se esconda en el cuarto de baño hasta que el camarero se retire.

Decidí subir a la habitación, en el octavo piso Sentí la boca seca y tuve ganas de detenerme en el bar para beber una cerveza, pero tuve la sensación de que el tiempo corría en mi contra, una sensación que no era normal, puesto que una entrevista se hace hoyo a lo mejor no se hace nunca, y a fin de cuentas poco importaba. Llamé a la puerta y nadie contestó en un buen rato. Me quedé allí, frotándome los nudillos, presintiendo que tarde o

temprano aquella puerta se iba a abrir. Entonces escuché un quejido, «*Who is it*?», volví a tocar y el quejido se escuchó más lejos, como si la persona que lo producía, en lugar de acercarse a la puerta, se estuviera alejando. Hubo un nuevo silencio que duró dos o tres minutos, y al cabo de ese tiempo me di cuenta de que alguien intentaba abrir. Había torpeza, laxitud en ese intento. Pensé que me toparía de nuevo con la secretaria de Virginia, aquella leona avariciosa que, para esas horas, seguramente estaría ya satisfecha: había tenido tiempo incluso de dormir la siesta con la violinista. Me consta que no hay placer más hondo, que no hay lujuria más extremada y fina que la que se deriva de despertar, a media tarde, junto a un virtuoso. En la habitación en penumbras, cuando nos incorporamos en la cama y observamos ese cuerpo en reposo, esa carne que pocas horas antes vibraba tocando el violonchelo, el piano, el clavecín perverso, nos asalta una sensación de impotencia, pero, al mismo tiempo, nos sobrecoge la posibilidad de un éxtasis rabioso, de un temblor muy pocas veces saboreado. Es en ese momento cuando sentimos la urgencia de despertar de mala manera a la virtuosa (o al virtuoso, pequeño concertista adormilado) y masacrarla, hundida, ahogada en imprecaciones y amenazas. En lo que a mí respecta, debo admitir que en ocasiones he querido ensañarme; he ansiado abrir ese cuerpo y hundir mi rostro en la ventana tibia —en las vísceras está el temperamento—, ganarle la partida a una pasión que no es más de ella, ni mía, ni de nadie. Arrancar el alma musical es todo lo que se pretende.

Virginia Tuten, ojerosa y prudente, entreabrió la puerta sin quitar la cadenita de seguridad. Estaba en pijama, un pijama azul de satén. Con la voz llorosa, me preguntó qué deseaba.

—Soy Agustín Cabán —le dije—, fui a entrevistarla esta mañana. Su secretaria pospuso la cita para esta tarde.

Me pidió que esperara un momento. Cerró la puerta y miré el reloj. A las cinco y media llegaba el fotógrafo, pero era evidente que la violinista no estaba para fotografías. Me recosté en la pared y me entraron ganas de fumar: era el alivio de saber que la secretaria no estaría presente. Esperé cinco, diez minutos Virginia volvió y me abrió la puerta. Se había quitado el pijama y por encima sólo se había puesto una bata amarilla, de mangas largas, cerrada hasta el cuello Tuve la impresión, bajo la poca luz que entraba por el

balcón, de que tenía la cara enrojecida. Junto a la oreja izquierda, casi al nivel de la mandíbula, me pareció distinguir un moretón Aparté la vista y nos quedamos ambos de pie, ella sin saber qué decir y yo sin saber si me podía sentar.

—¿Dónde quiere que hagamos la entrevista? —le dije; miré a mi alrededor y todo era un desorden.

No contestó enseguida. Recogió la ropa que estaba sobre una silla, se fue a un extremo de la habitación y regresó trayendo el estuche con el violín.

—Si quiere —añadí—, la podemos hacer en la playa.

Ella estaba decidiendo algo, mirando fijamente al suelo. De pronto alzó la vista:

—Sáqueme de aquí antes de que me maten.

Abrí la boca, no sé cuánto tiempo permanecí con la boca abierta, tratando de digerir esa frase. Sólo recuerdo que cuando volví en mí, la cerré de golpe. De nuevo me sentí a mis anchas, fuerte y decidido a salvarla.

—Vístase y nos vamos.

Delante de mis ojos, Virginia Tuten se quitó la bata. Llevaba una ropa interior de lo más común, prendas blancas de mujer mayor, aunque le calculé unos treinta o treinta y cinco años. Se volvió de espaldas y recuerdo que pensé que hubiera sido un desperdicio que alguien la matara. Hice un esfuerzo por permanecer inmóvil mientras ella rebuscaba entre su ropa y sacaba prendas al azar. En un minuto se vistió con falda y blusa, y luego la vi ponerse una chaqueta y calzarse unos zapatos negros de tacón. Aún tuvo coraje para colgarse un collar de perlas. Pensé que sólo una mujer muy infeliz, muy frágil, era capaz de acordarse de un collar de perlas en esas circunstancias.

—Vámonos —me dijo, cogiendo su bolso en una mano y el estuche con el violín en la otra.

Abrí la puerta, salimos al pasillo, y tan pronto entramos en el ascensor le susurré mi plan:

—Haremos la entrevista en otro hotel, ¿qué le parece?

Ella dijo que sí con la cabeza y puso voz de niña:

—En cualquier otro lugar sé que estaré segura.

—Cuéntame lo de Clint Verret. —Sebastián se inclinó por encima de mi hombro para mirar la pantalla de la computadora. Allí estaba mi escrito, la continuación de mi alocada historia con Virginia Tuten—. ¿O no hubo nada con Verret?

—Te dije que se soltó el moñito —respondí—o Y que tenía unas manos pecosas, desmesuradas. No caías en la cuenta de esa desmesura hasta que lo veías tocar.

Una semana después de mi retiro forzoso, volví al periódico. La gente ya ni siquiera se asombra. En Redacción siempre es así. Luego de la fiestecita de despedida, los jubilados desaparecen por una o dos semanas. Al cabo de ese tiempo regresan con la excusa de recoger la correspondencia. Y entonces, inevitablemente, se detienen unos minutos frente a su escritorio (el que lo fue durante muchos años), se sientan a mirar papeles, encienden la computadora para ver si se han dejado alguna historia inconclusa. Lo siguiente es una visita al archivo para consultar periódicos viejos; todos pretenden estar investigando algo para escribir un libro Como eso les toma más tiempo, los agarra la hora del almuerzo y bajan a la cafetería. Una vez allí, su vida vuelve a la normalidad: la misma mesa, los mismos colegas, los comentarios sobre política y deportes. Nadie parece demasiado sorprendido por ese retorno; nadie les pregunta si es que ya no piensan en viajar, o en dedicarle más tiempo a los nietos.

Yo mismo concluí que no valía la pena andarse con tapujos y fui directo donde Sebastián. Le expliqué que no podía escribir en casa (al menos, no las memorias que me interesaba escribir) y que tenía que hacerlo en el periódico. Sólo necesitaba una computadora y una esquinita sosegada en la que pudiera trabajar por las mañanas, de nueve a doce preferiblemente. La redacción, a esas horas, está semidesierta. Es fácil concentrarse y es fácil, sobre todo, recordar.

—Puedes venir cada vez que quieras —alardeó Sebastián—. Usa el escritorio que has usado siempre… Es más, usa el que te dé la gana, pero escribe algo sabroso. A medida que vayas escribiendo, me lo vas pasando y así le hago *proof–reading*.

Me complacía saberlo tan entusiasmado, pero de momento sólo necesitaba silencio, concentrarme de nuevo en mi escapada con Virginia Tuten y en nuestra salida del hotel. En la cabeza me estaban dando vueltas los incidentes de aquel día, mi propio gesto al abrir la puerta del taxi e invitarla a subir, cortesía que me permitió rozarla, olfatear brevemente su pelo, que era grueso y rizado, recogido en la nuca. Ya en ese momento hubiera dado cualquier cosa por ver cómo se lo soltaba.

—Le conté una historia sobre Edward Elgar —recordé en voz alta—, un lance que tuvo con su alumna Alice.

—Conociéndote —sonrió Sebastián—, debió de ser un lance borrascoso.

—No lo creo… Sólo le dije que, por los días en que terminó de componer *Salut d'amour*, Elgar sucumbió a una especie de fijación por las narices, en especial por las de su alumna Alice. Cuando se quedaban a solas para la clase, él se inclinaba sobre la niña (era casi una niña), le soplaba el pelo que le caía sobre la frente, le lamía el entrecejo y le besaba la nariz, empezaba por besársela y luego la tomaba entre sus labios, la cubría con su boca y la chupaba como si fuera una semilla, el hueso tibio de una fruta a la que no se quiere, o no se puede, renunciar. Eso, al parecer, lo arrebataba; se derretía el hombre y se vaciaba como una palomita. Lo cuenta la madre de Alice, nada menos. La buena mujer los espiaba y luego lo anotaba en su diario.

—Verret —recordó Sebastián— era medio pelirrojo…

—No puedo ir saltando de una historia a la otra —respondí.

—Sólo la de Verret. Hazme ese favorcito: escríbela y así descansas de la violinista.

Me eché a reír. El pianista australiano también se recogía el pelo detrás de la nuca, lo llevaba atado con una banda elástica. Pero el suyo no era un cabello rizo ni duro. Al contrario, lo tenía finito, como cabello de ángel, pero rojizo y gris.

—Virginia no se presentó al concierto. No sé si recordarás que hubo mucho alboroto.

Sebastián negó con la cabeza. En eso llegó Malén, una viejita correctora de estilo, y le entregó una bolsa de plástico con trocitos de vegetales.

—Mi almuerzo —exclamó Sebastián, alzando la bolsa—o Escribe lo que quieras, en el orden que se te antoje.

Miré el reloj: las once y media de la mañana. Pegué una nota en un costado de la computadora: «No olvidar antecedentes de Virginia Tuten». Me refería, por supuesto, a los parientes de la violinista, y a su niñez en Saint John, la capital de Antigua. Era preciso que me remontara hasta allí para que los lectores —o el único lector seguro, que hasta el momento era Sebastián— entendieran el desenlace. Su padre era dueño de un hotelito, de eso vivían. Pero su verdadero oficio, lo que realmente le gustaba, era ser afinador de pianos. Era el único afinador en la isla de Antigua, y apenas lograba afinar un par de pianos al año, incluido el de su propia casa. Como capricho adicional, coleccionaba violines en miniatura. En cuanto a la madre, era una pianista inglesa que al poco de nacer la niña abandonó al marido y escapó de Antigua, posiblemente tras un amante. Virginia se inclinó por el violín, por las inofensivas miniaturas que guardaba su padre; a saber, los únicos objetos quietos, diminutos y confiables que había en aquella casa. Cuando cumplió cuatro años, pidió que le compraran un violín verdadero Se negó a sentarse frente al piano de su madre; se negó a poner las manos sobre el teclado. Su padre lo tomó como un gesto de lealtad. Y entonces mandó que le fabricaran un violín a la medida, un instrumento que se adaptara a sus bracitos…

Los brazos de Virginia Tuten, ¡qué bien se cerraban! ¡Con qué lujo se movían, se agitaban, se desplomaban al final! Ella entera se desplomaba, pero lo hacía sin escándalo, simulando una demoledora frialdad. Cerraba los ojos y yo pensaba que los había cerrado para siempre, era como una muerta. Tenía que reanimada con un poquito de agua.

Hice otra nota y la pegué debajo de la primera: «Narrar detalles de la reanimación». Era casi mediodía y noté que la redacción empezaba a poblarse. Por lo general, suelo disfrutar de ese entra y sale de reporteros apresurados que se detienen junto a la bitácora y se dan voces unos a otros. Sin embargo, esa tarde me perturbaba el barullo, interrumpía mis pensamientos sobre Virginia. Recogí mis

cosas y me levanté para retirarme, pero en eso divisé a Sebastián, sentado patéticamente frente a su escritorio, escogiendo los trocitos de vegetales y masticándolos con desgana.

—Así que quieres la historia de Clint Verret —susurré un poco dolido.

Sebastián no pudo oírme, pero me adivinó el susurro.

—Me muero por leerla.

Verret

¿Qué pensamientos, qué nostalgias, qué bandidas penumbras tienen que desatarse para que dos hombres que nunca antes desearon a otros hombres se reconozcan de pronto, en su piel y en su instinto, y se lancen el uno en brazos del otro, como criaturas sin memoria, como salvajes sin ningún pudor?

¿Qué pudo haber pasado por mi mente cuando levanté el teléfono, marqué el número de un hotel de Atlanta, y pedí la habitación del pianista australiano que dentro de algunos días viajaría a San Juan para tocar el segundo *Concierto* de Johannes Brahms?

Nada, por mi mente sólo pasaron las preguntas que suelo hacer en estos casos. A menudo localizamos a los solistas en mitad de su gira, en una de las ciudades que precede a la nuestra, hacemos una entrevista telefónica y la publicamos el mismo día de su llegada. No es una mala táctica, en lo que a mí respecta. Me aparezco en el ensayo con la entrevista ya publicada, se la entrego al solista, que la mayoría de las veces no puede leerla en español. Si es una mujer, y le veo posibilidades, me ofrezco para traducirle unos párrafos. De las que acceden a escuchar la traducción, que en honor a la verdad son pocas, la mayoría tiende a aceptar mi invitación para desayunar al día siguiente. Los desayunos, casi nadie lo sabe, tienen más posibilidades amatorias que ningún otro encuentro de su especie, incluidas las cenas íntimas con velas. Es el desayunar con otro, ese mirarse a los ojos mientras se toma un sorbo de café, lo que dispara una complicidad sutil, astutamente enmascarada. Acabados de salir de la cama, todos somos más propensos a volver a ella.

Clint Verret, tres días más tarde, untaba mermelada de frambuesa en su tostada y me preguntaba, en un inglés exquisito, que desde cuándo me dedicaba a la crítica musical. Para esas fechas, él tendría treinta y pico años, y yo iba a cumplir cuarenta y

ocho. Él se acababa de divorciar de su mujer, violinista de la Orquesta Sinfónica de Sidney; yo estaba celebrando mis bodas de plata, y ayudando a mi esposa en los preparativos del matrimonio de mi hija, que ya no habría de ser concertista de éxito, sino la madre de mis dos nietos; el piano quedaba como anécdota, lo que en el fondo me tranquilizaba. Dos meses atrás, Verret había perdido a su padre. Mordiendo su tostada me confesó que aún lo perseguía el recuerdo del anciano moribundo, los ojos fijos y la boca abierta. Sentí un escalofrío cuando me lo dijo, pero sentí un pesar, una solidaridad brutal, como si por lástima quisiera cubrirlo, y por compasión, súbitamente, necesitara poseerlo.

Tomé un nuevo sorbito de café y luego empecé a hacerle preguntas: el origen de su vocación, los nombres de sus maestros, sus compositores favoritos. Clint Verret tenía un lunar de canas, probablemente desde la niñez. Pero también le habían crecido canas nuevas, grisáceas. Llevaba una camisa negra y sus manos emergían, tan blancas y pecosas, desde aquella oscuridad temible. Lo invité a dar una vuelta por la playa; la playa siempre es una gran coartada. Todavía, en ese instante, no me atrevía a confesarme que Clint Verret, lejos de la feminidad, era un pianista masculino y sólido. Por eso mismo, quizás, era tan difícil justificar mi afán, esas tremendas ganas de apretarme a su cuerpo. Desde que lo vi, desde que me senté a su lado y respiré su olor, yo había querido acariciar a Verret. Pensé que todo era consecuencia de mi edad, del matrimonio inminente de mi hija, del soberano hastío que me causaban, a esas alturas, tantas mujeres dedicadas a la música: por entonces, tenía una amante dentro de la orquesta, una mujer casada, la única flauta dulce que devoré en mi vida.

Clint Verret fue la señal, una ardorosa y trágica frontera. Caminando a su lado por la arena, me acobardó el deseo de abrazarlo. Hablábamos de música y luego callábamos un rato. Él se adelantaba, yo lo dejaba adelantarse y le veía la espalda, su nuca, que me pedía castigo. Era como estar borracho, como haber bebido sin intención y vomitar de pronto esa terrible escarcha: sólo con él podría calentarme el vientre. Le dije que me iba, y él me pidió que me quedara: deseaba enseñarme algunas partituras. Una mísera excusa, porque jamás en mi vida había mirado partituras junto a ningún solista. Le respondí que cómo no, que me moría por vedas, y

en el fondo quise correr al mar, pensé que el agua tibia me devolvería el sentido. O era precisamente el agua, ese oleaje intratable, lo que me había hecho perder la cabeza.

Entrar en la habitación de un solista es como entrar en un templo. Para mí, al menos, lo es. Años atrás, yo había pasado un buen rato en la suite de un famoso flautista. Era un hombre ya bastante viejo, y por supuesto, no había entre él y yo el menor asomo de atracción: a los dos nos gustaban demasiado las mujeres Pero debo reconocer que en el recogimiento, en la reverencia con que un melómano se adentra en ese espacio íntimo, hay un equívoco muy fino, una emoción sexual.

Fue esa emoción la que sentí cuando entré en la habitación de Verret. Sólo que esta vez esa emoción no tenía nada que ver con el recogimiento, sino con la aturdida carne. Si en lugar de ser un pianista famoso, Verret hubiera sido jardinero o vendedor de peines, yo habría experimentado el mismo vértigo, una dicha contrariada, a medias desmentida, que se jugaba el alma con tal de sumergirse en ese laberinto de roces y contradicciones. El mismo Verret se desenvolvía como con cierto agobio, como si presintiera que al cruzar esa puerta junto a este crítico (que él creía capaz de sacudirlo, de abofeteado a la menor insinuación), había cruzado también una frontera de vida. Verret se estaba convirtiendo en otro pianista, u otro hombre. Y yo me estaba convirtiendo en su espejo. Me senté en una butaca y él se acercó con las partituras, bastante antiguas; me mostró unas notas que había escrito al margen Emil Gilels, especialista en Brahms. Nos gustaba Brahms y nos gustaba, sobre todo, esa cercanía indecisa, ese calor que iba creciendo. La mano pecosa de Verret se apoyó en mi hombro. La miré de reojo y lancé este comentario: «Parece un pájaro». Él movió los dedos, fue un movimiento involuntario, pero no hizo comentario alguno, tampoco retiró la mano, estaba a mis espaldas y sólo alcancé a escuchar un debilísimo jadeo. Tuve el impulso de levantarme y derribado. Pensé que quería darle un puñetazo, se me ocurrió que debía hacerlo, pero en cuestión de segundos cambié de idea: con lágrimas en los ojos, con el anhelo de algo que se me escapaba, volví la cara y le besé los dedos. Los pianistas, por instinto, suelen escamotear sus manos, y para protegerlas en la cama, acarician con cierta insuficiencia. Eso al menos había notado en las mujeres. Clint

Verret hizo todo lo contrario: hundió sus dedos dentro de mi boca, permitió que los mordisqueara y los chupara. Puso la otra mano sobre mi cuello, y todavía teniéndome de espaldas, la hizo descender por mi pecho, desabrochó a medias mi camisa, bajó como una araña hasta mi vientre. De pronto se apartó, yo me levanté de la silla y fui hacia él, pero Verret me empujó, hubo un amago de pelea, él llegó a tirarme un golpe que se perdió en el aire. Yo lo agarré por la cintura y él bajó la cabeza; me dijo con la voz más grave, con el tono más duro que he oído en mi vida, que nunca lo había hecho con otro hombre. Le respondí, con esa misma voz, que yo tampoco. «Te juro que no», añadí. Y él preguntó: «¿Entonces?», que era un poco como preguntar: «¿Por dónde empezamos?».

Le desabotoné la camisa y lo besé en el cuello. Me pareció oír que sollozaba y le pedí a Dios que no dejara que Verret se me derrumbara en ese instante; que no permitiera que se transformara en un guiñapo lleno de culpa y arrepentimiento. Yo no sabía a ciencia cierta lo que buscaba en él, pero estaba seguro de lo que no quería. Y no quería a Verret en plan de mujercita pudorosa, llorona, ni tan siquiera dulce. Quería al pianista más o menos recio que conocí en el teatro; y al dolido hombre, más o menos huérfano, que me fulminó en el desayuno. Quería que fuéramos varones, gustosos de Brahms, o gustosos de cualquier otro compositor; dos seres inspirados que acceden a la música a través de una sensibilidad distinta: la del deseo.

Verret pareció escucharme —no sé si dije: «Dios, no te derrumbes»—, no sé si comprendió el significado de esa frase que pronuncié como una orden, en rotundo español. Él me tomó por los hombros y me sacudió antes de empujarme hacia la cama. Tuve miedo por sus manos, temblé por sus benditas manos y traté de atrapadas. Entonces lo noté más alto, más blanco, más vengativo en la penumbra, su cara arrebatada respirando sin control sobre la mía. Ahora era yo quien corría el riesgo de derrumbarme; de hacerme débil y proscrito; de derretirme como sumisa y pulcra maricona. Caí en la cuenta de que la clave estaba allí: en no dejarse doblegar, en no ceder ni arrepentirse. Aprenderíamos —aprendimos— sobre el terreno. Me ofrecí con hombría. Algo me hizo comprender que, en el fondo, no había otro modo de afirmarse que pasando adelante. Yo me entregué primero. Me volví de espaldas y

comprendí que el verdadero arrojo estaba allí. Sentí orgullo —¿podrá alguien creer que sentí orgullo?— y me sentí más fiero, más capaz de querer, más invencible para con las mujeres. Verret se volcó, aulló como animal; era muy joven y no bastó ni eso ni nada para desfallecerlo. Llegó mi turno y yo también me derramé, pero más dulcemente. Ya ningún gesto, ninguna ternura, ninguna suavidad podían menoscabar mi espacio. Todo me estaba permitido en adelante: acariciado entero, proceder tan delicadamente como se me antojara. Hay una belleza, una profunda paz en el yacer con otro hombre; es una clase de sosiego diferente, que no se alcanza nunca con una mujer. No habría querido morir sin conocerlo.

Esa noche, como siempre, fui al concierto. Me senté en la novena fila, taciturno y cansado. Mi agotamiento era un agotamiento femenino, eso es inevitable, y mientras leía las notas al programa, estuve regodeándome en mis propias punzadas: hay dolores que lo redimen todo.

A las ocho en punto salieron los músicos, el oboe dio perfectamente el *la*, y el concertino lo secundó. Dos minutos más tarde, seguido por el director, apareció Clint Verret, hermoso dentro de su frac. Llevaba el pelo recogido en un moñito. En la cama, horas antes, se lo había soltado y las greñas rojizas volaron libremente, rodaron por mi cara, su flequillo me picó en los ojos. Ahora tenía el pelo brillante, más rojo, pegado al cráneo, y el moñito muy tieso. Tanta tiesura le daba un aire de crueldad, pero aun así sentí un golpe de amor.

Me arrellané en la butaca y desde ese ángulo pude ver sus manos. Mi mente iba y venía de Brahms a la pequeña evocación de un gesto: el rostro de Clint Verret, bajo mi vientre, se elevaba exhausto, dispuesto a retirarse. Pero a medio camino, inexplicablemente, volvía atrás y reanudaba el ataque. Ese recuerdo se hizo más agudo cuando comenzó el segundo movimiento, *Allegro appassionato*, nueve minutos y medio de furor: Verret tocando enloquecido, soportando punzadas tan implacables como las mías, y yo deseando volar a su lado, aferrarme a su espalda, que era blanquísima penumbra.

Para ese entonces, había saboreado muchas veces la sensación de ver tocar a una solista cuyo cuerpo, manos y boca habían estado a merced de mis manos, de mis labios sin ningún escrúpulo. Esa

complicidad, mezclada con la música que estaba tocando, me producía siempre un estado de euforia. Era la euforia del poder, una alegría mezquina, no lo puedo negar: me decía que poseía ese cuerpo, y las manos que tocaban, y el instrumento, que si se me antojaba, podía escupir o besar. Un Guarnerius en silencio, en una esquina de la habitación, asiste a mi locura, pero sobre todo asiste a la locura de la virtuosa que lo posee. Y yo, que me elevo por encima de ambos, los poseo a los dos; poseo la música que tocan, la sombra y la cadencia viva.

Esa sensación, la de ver tocar a un solista cuyo cuerpo es tan intensamente mío, se multiplicó, se volvió casi insoportable mientras escuchaba a Verret. Por suerte, ya era el *finale*, las reminiscencias húngaras, la serena apoteosis y los aplausos que nos despertaron. A mí y a él, porque Verret también estaba viviendo un sueño.

Ni siquiera pude ponerme de pie. Transpiraba sin un motivo real (hacía frío en la sala), me aflojé el nudo de la corbata y decidí que seguiría a Clint Verret a su próxima presentación, que habría de ser en la ciudad de Denver. En ese momento, sentado en medio de todo ese público que no cesaba de aplaudir, me di cuenta de que si no continuaba por algunos días a su lado, no iba a acabar de comprender el resto. No iba a acabar de comprender aquel enigma mío, ni mucho menos me lo iba a perdonar.

Por ahora, sólo pensaba en abrazar la cintura de Verret; seguido a donde fuera menester; dejar de respirar con él, juntos contener la respiración, y en el momento del derrumbe —el éxtasis, que es un derrumbe— aspirar todo el oxígeno del mundo, bocanada tras bocanada, aullido tras aullido. ¿Qué pasión sobrevive a dos lobos hambrientos?

Cuando me asomé a los camerinos, Verret atendía a un grupo de admiradores, estrechaba manos, firmaba autógrafos. Me echó una mirada y fui a su lado.

—Quiero que me acompañes a Denver —dijo bajito.

Le di un par de palmadas en la espalda, tan varonil mi gesto. Me alejé de todo aquello, salí a la calle y respiré como si saliera del agua. Como si la mano de Dios me hubiera arrastrado a la superficie.

Virginia

La llevé al hotel Pierre. Hay una barra allí, semiescondida. Le pregunté qué deseaba beber. Pidió Coca–Cola y se me cayó el mundo.

—¿No querrías algo más fuerte?

Estuvo pensándolo un momento.

—Té frío, tal vez, —y dirigiéndose al camarero—: Mejor me trae un té.

No tenía remedio y la detesté un poquito. Sólo un poquito, porque en el fondo estaba impresionado por su repertorio. No puedo detestar del todo a un músico que incluye entre sus piezas favoritas las sonatas para violín de Béla Bartók (podría morirme oyéndolas), y en especial *Hora staccato*, de Grigoras Dinicu, una composición difícil, pero también maldita: bajo su danzante apariencia, hay malditismo. Trajeron el té y ella lo empezó a beber a grandes sorbos, mientras yo le preguntaba por sus antecedentes musicales. Me habló del padre afinador de pianos y de la madre fugada de Antigua. Pensé que, de haber estado en el lugar de esa madre, también me habría fugado; cualquiera que se ve en brazos de un afinador que colecciona violines en miniatura tiene motivos más que suficientes para huir. He conocido a muchos afinadores. Casi todos son de una tesitura tortuosa; tienen una forma sombría de abordar el piano y obcecarse sobre el teclado. A casa, para afinar el piano de mi hija, solía venir un hombre ciego. Usaba unas enormes gafas oscuras y un bastón con calaveritas talladas en el mango. Pero lo que más me inquietaba eran sus manos, pequeñísimas, con esos dedos gelatinosos que parecían gusanos embalsamados. Nunca quise dejarlo a solas con la niña. Pero tampoco me gustaba dejarlo a solas con el piano. No sé de qué lo presentía capaz. De casi todo, supongo. Hay arrogancia, además, en los afinadores. En el fondo, desprecian a los pianistas.

—Perdone que reaccionara así —dijo de pronto Virginia, cuando ya pensaba que nunca iba a tocar el tema—o En el momento en que usted llegó, mi hermano se acababa de ir.

Yo había pedido whisky y me quedé en la luna Tomé un trago y le pregunté a Virginia si su hermano también viajaba con ella.

—Nunca viajamos juntos —me contestó bajito; se había quedado medio embelesada—. Pero él acaba de llegar de Antigua y quiere seguir conmigo a Nueva York.

Un hermano, pensé. Un mulato cultivado y hermético. Celoso hasta la médula, y consciente como nadie de la indefensión de esta mujer, de esa candidez que no era tal, sino una sórdida resignación. Algo que la hacía vulnerable, sí, pero también violenta:

Virginia tenía que ser muy dura consigo misma. No abrí la boca, pero ella me adivinó el pensamiento.

—Vive parte del tiempo en Nueva York y parte del tiempo en Antigua. Es mayor que yo y tiene problemas con Wendolyn, mi secretaria.

Wendolyn… Wendy para los amigos, especialmente para Virginia. Quería decir que la leona muerta de deseo tenía ese sobrenombre tan voluble, tan falto de sustancia.

—Lo lamento mucho —dije, pero no quise agregar una sola pregunta. Con el tiempo me he dado cuenta de que la mayoría de las mujeres son dadas a contar sus vidas, siempre y cuando no noten un excesivo interés en la otra parte. He aprendido a ser un interlocutor distante. A veces podría hasta parecer grosero.

—Quisiera quedarme aquí —dijo de pronto Virginia—. Resérveme una habitación.

Abrió su bolso, sacó el pasaporte y yo la detuve.

—La reservaré a mi nombre.

Tenía la cara un poco hinchada. Por eso, y por el moretón de la mandíbula, no tuve dudas de que la habían abofeteado. Terminé mi bebida y me vino a la mente la imagen de su cuerpo, en ropa interior, vuelto de espaldas, y el resto de la habitación en desorden. No sabía si preguntarle cuáles eran sus planes. Virginia estaba absorta, quizá los estaba haciendo en ese momento: por lo pronto, quedarse en el Pierre, una o dos noches. Llamar a su agente en Nueva York y cancelar su presentación. Eludir cualquier contacto con Wendolyn, leona hiperactiva y desgraciada. Y eludir, sobre

todo, cualquier encuentro con su hermano, que no era hiperactivo, sino todo lo contrario: un ser taimado, de movimientos lentos —en eso se parecería un poco a Virginia—, las manos muy cuidadas, me refiero a esas manos largas y mestizas, de uñas muy limpias y recubiertas de brillito.

—Espéreme aquí —le susurré, y le acaricié amistosamente el hombro.

Reservé la habitación. Los empleados del Pierre ya me conocen. He usado ese hotel con otras virtuosas. Solistas que viajan con algún pariente y no pueden usar sus propias habitaciones. Virginia me esperó en el bar; no mostró mucha emoción, ni siquiera se permitió un momento de vacilación cuando le propuse que subiéramos. A veces, estos músicos que se imponen la dura jornada de diez o doce horas de práctica se convierten en seres estúpidamente obedientes, de una docilidad que, en ocasiones, ha llegado a irritarme. Salen como zombies de ese baño de vapor que es el estudio —y no me refiero a la temperatura ambiente, sino a la hoguera musical—, húmedos por dentro y por fuera. Es tan fácil arrastrados entonces… Nadie se imagina lo sencillo que es mirarlos a los ojos, pasarles un brazo por los hombros y empujados suavemente hacia la calle. De ahí al hotel no hay más que un paso. Generalmente están agotados, su mente y sus brazos no dan para más —si se trata de una clarinetista, hay que ser cuidadoso, muy gentil con los labios—, pero el resto de la carne, y todos los deseos dentro de ella, están intactos. Conservan el fuego; es más, el clímax de la música los lleva a querer alcanzar el otro clímax: se abrasan por dentro. La mayoría de las veces no caen en la cuenta de que mientras practican el violín —obstinados con el staccato—, o repiten la misma pieza, una y otra vez, al piano, se van perdiendo. Luego de eso, no hay servicio más noble a la música culta, no hay apoyo más imperecedero para un solista, que tirado de bruces en la cama. Allí estallan por fin. Todo ese sentimiento que han acumulado durante horas —a veces durante días— sale en un soplo alucinado, casi animal. Aúllan las chelistas, especialmente ellas. Y casi todos tienden a ser desenfrenados, o demasiado exigentes.

Ninguno de los empleados alzó la vista cuando pasé rumbo a los ascensores, tomado del brazo de Virginia Tuten. Su codo era carnoso, se lo oprimí con intención: quería que se sintiera segura,

que en alguna medida me aceptara como a otro hermano protector. En vista de que no tenía equipaje, me ofrecí para acompañada a comprar ropa, o a recoger la que había dejado en el otro hotel.

—No quiero volver allí —susurró—. Al menos hoy, quiero olvidarme de eso.

Se dejó caer en una butaca y yo encendí las luces. Estaba anocheciendo y comprendí que Virginia se había empezado a derrumbar; empezaba a tomar conciencia de todo lo que había ocurrido y de lo que faltaba: cancelar un concierto, con tan pocas horas de antelación, era una decisión muy grave y arriesgada.

—¿Seguro que no quieres tocar? —pregunté, acuclillándome frente a ella.

—No he dicho eso —respondió sin mirarme.

—Pero a esta hora —insistí— deberías estar saliendo para el teatro.

—Mi hermano estará allí, esperándome. No podré tocar si lo siento cerca.

Le tomé las manos, unas manos increíblemente delicadas para ese cuerpo de mulata relamida. Se las besé; trataba de medir mis pasos, pero me imaginé que esos besitos húmedos, breves, en cierta forma desinteresados, no la perturbarían demasiado. Pronto comprendí mi error: la perturbaban. Virginia llevaba demasiado tiempo a merced de otra mujer, quiero decir, sin el fragor de un hombre. Pensé que Wendolyn, desabrida leona, la acababa de perder; la iba a seguir perdiendo a medida que avanzara la noche, y ya no quedaría ni rastro de un recuerdo suyo hacia la madrugada. No importa que en el futuro ella siguiera coordinando entrevistas, pendiente de la ropa de la violinista, de sus partituras y sus boletos de avión; no importa que continuara enfrentándose al hermano, mulato incestuoso y rastrero. Wendy, desde ese día, quedaba excluida; la estábamos excluyendo minuciosamente.

Mientras le besaba las manos, Virginia pasaba sus dedos por mis labios, recorría mi bigote, me acariciaba los pómulos, las sienes, mi pelo, que por entonces era ondulado y negro, tal vez sólo castaño oscuro, pero oloroso y fuerte. De repente, intuí que debía hacer una pausa. Me incorporé y le expliqué que tenía que ir al periódico, y que mientras tanto ella podría hacer sus llamadas. Le prometí que regresaría en un par de horas, y antes de irme, la tomé por la

barbilla y la besé en la boca.

Fui disparado a mi casa. En aquella época, me resultaba relativamente fácil inventar un viaje al interior, un concierto del que me había olvidado por completo. Junto con el concierto, inventaba una cena y una tertulia, y con tanta actividad, no iba a tener otro remedio que dormir en un hotel. Mi mujer lo tomaba con filosofía, a veces se empeñaba en acompañarme, y en ese caso la convencía de que sería un viaje engorroso y de que el solista no valía la pena. Inexplicablemente, se conformaba. Muchos años después he pensado que ella se ofrecía para acompañarme sabiendo de antemano que yo trataría de disuadida. Supongo que aprovechaba aquellas noches de libertad para vivir su vida. Tengo dos o tres sospechas bastante bien fundadas: un colega suyo, abogado también; un médico, el otorrino que atendió a la niña, y por supuesto, un detective privado de los que ella misma contrataba, en nombre de sus clientas, para seguir a los maridos adúlteros.

Me cambié de ropa y llamé al periódico. El fotógrafo, furioso, había regresado a la redacción sin dar conmigo y tampoco con la violinista. Pedí que le explicaran que la virtuosa se había enfermado de repente. Prometí llevarles una nota tan pronto tuviera más detalles. Me rocié un perfume discreto; me ajusté el nudo de la corbata y me despedí de mi hija, no sin antes rogarle que practicara duro. También me despedí de mi mujer, soy afectuoso por naturaleza, la besé fuerte y le recordé que la quería.

Llegué al Pierre. Fui derecho al ascensor. Como iba solo, uno de los empleados me detuvo para saludarme y preguntarme algo sobre un cantante, bolerista de éxito, según creo recordar. Ya en aquella época me reventaban los boleros, y más me reventaba aún la gente que se dedicaba a cantarlos. Pero a pesar de todo, contesté con amabilidad y detalle, como el conocedor que se suponía que era. Luego subí. Llamé suavemente a la puerta; aunque tenía la llave de la habitación, preferí tocar para prevenir a Virginia. Ella no respondió. Usé mi llave y entré en la penumbra; había cerrado las ventanas, todo estaba en calma excepto porque se oía correr el agua, se oía correr con fuerza, y supuse que se estaría bañando.

Me quité la chaqueta y respiré muy hondo. Empujé la puerta y me sacudió la imagen: Virginia estaba en la bañera, desvanecida (o

simulando estarlo), pero con la cabeza a flote. Cerré el grifo y la tomé por los brazos, estaba desnuda pero tibia. El agua también estaba tibia; al menos, se había ocupado de entibiarla. Balbuceó alguna cosa, le soplé la cara y le susurré que fuéramos para la cama. Abrió los ojos, me rodeó con sus brazos y me empapó la camisa.

Mordiéndome la oreja, me suplicó que la llevara lejos.

—Sebastián, ¿estás despierto?

—Estoy soñando, Agustín… ¿Puedo soñar con Verret?

—Puedes, Sebastián, pero no debes. Mira, cuando tocaba acordes muy abiertos, las manos de Verret parecían dos pulpos, estiraba los dedos como de allí hasta aquí.

—Dos pulpos pecositos.

—Exacto. Dos pulpos grandiosos.

—¿Dónde vive Verret, Agustín?

—Quién sabe. Estuvo un tiempo en Brasil, vivió unos meses por allá con alguien, pero habrá vuelto a Sidney. ¿Vas a seguir durmiendo?

—Depende. Si me traes lectura, me quito el antifaz.

—Pues ve quitándotelo, loco. Aquí te dejo estos papeles… ¿Seguro que estás despierto?

Alejandrina

El clavecín, el piano y la celesta. Imposible concebir un ángel más completo. Alejandrina Sanromá llegó a mi vida —más bien pasó por mi vida— en uno de esos momentos de sequía en que creí que ya jamás me volvería loco de pasión. Me obsesioné con esa idea del mismo modo en que algunos escritores se obsesionan con la página en blanco. Yo estaba en blanco, el mundo frente a mí también lo estaba. Llegué a pensar que mi relación anterior, un horrorizado romance con la violinista Manuela Suggia, me había incapacitado para sentir de nuevo. El último descenso a los infiernos que emprendimos juntos había sido a principios de junio. De pronto estábamos en noviembre, llevaba meses de fidelidad forzada, y ante mi tristeza y ese vagar como alma en pena por la casa, mi mujer se atemorizó: pensó que estaba planeando abandonarla. Por primera vez, noté que desconfiaba de mis salidas; registraba mis bolsillos, me espiaba cuando hablaba por teléfono. ¿Cómo explicarle que nunca le había sido fiel por tanto tiempo ni con tanta intensidad?

Estaba vacío, y por lo tanto, ni siquiera se me ocurría mirar a otra mujer. Me llegué a preguntar si no me habría enamorado de Manuela, absorbente viciosa, si no estaría atrapado por su recuerdo, por la violencia y la acritud que puso al final. Me golpeó duro la tristeza, un desaliento que parecía escurrirme por los poros. Me despertaba de madrugada, me asfixiaba en la cama, pero me obligaba a quedarme en ella, esperando el amanecer, la luz que iba entrando a poquitos y que cambiaba de color de minuto en minuto. Hacia el alba, mi mujer empezaba a roncar; los únicos ronquidos que me han llenado siempre de ternura son los de ella. En las amantes eran otra cosa. Los ronquidos me causaban risa o fastidio, incluso lástima, y en alguna ocasión fue la señal que me indicaba que había llegado la hora de alejarse.

Alejandrina Sanromá, para mi suerte, nunca roncó. O al menos, yo no la oí roncar, seguramente porque jamás dormimos juntos. Pasamos unas cuantas noches en vela, y algunas tardes de siestecita tropical, en las que ninguno de los dos llegó a pegar ojo.

Era un ángel inquieto, y por eso mismo estuvo siempre alerta, pendiente de mis mínimos gestos, febriles sus alucinado s ojos, que parecían perdonar el desquite. Porque con ella me quise desquitar.

Llegó a la orquesta por enfermedad de la pianista del elenco. Dije ya que era noviembre, fin de noviembre, y se nos echaba encima ese otro mes abominable: pura crueldad lejos de abril. Me dirigí al teatro con desgana; ya no esperaba mucho de aquellos músicos desaliñados, que ensayaban en shorts y camiseta. En medio de mi desconsuelo, me había dado cuenta de que estábamos envejeciendo juntos: los metales y yo; el concertino y yo; la organista —con quien había tenido, años atrás, un fugaz piscolabis — y yo. La calidad musical variaba, según el director que subiera al podio. Empezaba a sabérmelo todo de memoria, y no había fallo o descuido que no pudiera anticipar: un despiste en las tubas, un tropiezo del arpa, la desmesura con que a veces atacaba la cuerda.

Me senté en la novena fila, un poco hacia la izquierda. Nada más sentarme, sentí el deseo de salir de allí. Lo que más me atraía de los ensayos, que era el teatro desierto, me oprimió esa vez al punto que hice un gesto de impaciencia y mi libreta cayó al suelo. Una libreta que estaba llena de despropósitos, tan vacía como todo lo que me rodeaba. En ese momento salió el solista; se trataba de un trompetista bajito y huraño que se disponía a ensayar el *Concierto* de Hummel. Lo escuché sin pestañear: tenía talento comunicativo y una rarísima imaginación, pero me concentré en su cuerpo. Vi que sufría —o gozaba— una pequeña erección mientras interpretaba un pasaje del segundo movimiento. Les pasa a los varones, hay solistas muy temperamentales que reaccionan como los ahorcados: se excitan y ya no pueden controlarse. En los ensayos se disimula menos porque van vestidos de cualquier manera, no llevan chaqueta y el pantalón es de verano. Los chelistas y los pianistas, por estar sentados, pueden maniobrar con éxito. A un violinista se le hará más difícil, y para el trompetista será casi imposible: sacan el vientre, como las bailarinas árabes, y el movimiento que les exige la trompeta los precipita a la lujuria.

Ahora que evoco al trompetista, pienso que es una lástima que los hombres no acabaran de gustarme del todo. Clint Verret fue mi pasión más sincera. También hubo un violista, gustaba de llamarse a sí mismo el violista violado. Pero en el fondo era un gusano. Concluido el acto, tuvo una crisis de culpa, se quejó de náuseas, llamó desde la cama a su mujer. Las sábanas estaban muy manchadas. «Están tan sucias», recuerdo que me dijo. «Eres tan miserable», recuerdo que le contesté.

Tan pronto terminaron de ensayar el concierto de trompeta, el director avisó a los músicos que seguirían con *Los planetas*, una suite hacia la que siempre he tenido sentimientos encontrados. Me gustan los temas de Marte y Júpiter, por ejemplo, pero abomino de Neptuno. Gustav Holst, el hombre que la compuso, era un artrítico supersticioso, le apasionaban las cartas astrales y los horóscopos chinos, y apuesto a que entre tanta cábala, se ocultaba algún capricho oscuro, un polvito de estrellas. Recogí la libreta del suelo y vacilé entre quedarme un rato más en el teatro, o largarme de una vez, que era lo que había estado deseando. Entonces miré distraídamente hacia el lugar donde dos hombres acomodaban la celesta, en un extremo del escenario, junto al órgano. Una mujer salió para supervisar la colocación del instrumento: tenía el pelo muy corto, casi pegado al cráneo; ojos enormes, pero no saltones, tan sólo abiertos, irremisiblemente abiertos y negrísimos. Se sentó frente a la celesta y le hizo un comentario a la organista. Algo se iluminó de pronto en mi cabeza; me levanté y caminé hacia la tercera fila, que es el lugar donde solía sentarse Salieri. Ignoro por qué lo llamaban de ese modo; ignoro incluso cuál era su verdadero nombre. Salieri, aficionado obseso, asistió a los ensayos de la orquesta durante más de treinta años, hasta que se murió. Conocía a los músicos por sus nombres y apellidos; manejaba información confidencial acerca de casi todos ellos: matrimonios, número de hijos, deserciones hogareñas, fecha aproximada de jubilación. Era una mansa criatura de cabeza de buey, al que le permitían entrar en los ensayos por su talante servicial—llevaba café, cargaba instrumentos— y su constante halago a los contrabajistas. Sospechaba el pobre Salieri lo que yo había sabido desde que me acerqué a la orquesta: el que quiera ganarse la simpatía de esos músicos, tendrá que empezar por camelar a los contrabajos; ellos,

más que los violines, ejercen una gran influencia sobre el elenco; un mando solapado, pero muy eficaz.

Cuando me senté a su lado, Salieri me miró de reojo.

—La mujer de la celesta —le pregunté a bocajarro—, ¿es nueva?

Carraspeó, simuló no haberme oído. Esperé unos segundos y me incliné hacia él.

—No había tocado antes, ¿o sí?

Salieri se acomodó los lentes; era grueso y parsimonioso. Movió el cuello con dificultad, como un antiguo muñeco mecánico, y me echó una mirada de rencor. Era evidente que yo no entraba en su reino. En ocasiones, me había atrevido a criticar a la orquesta, a sus contrabajistas del alma, y por supuesto a los trombones.

—Teresa tiene gripe —dijo bajito, refiriéndose a la pianista regular de la orquesta—. Llamaron a Alejandrina Sanromá para que la sustituya.

Anoté el nombre. Salieri era un maniático muy útil, pero no me atreví a preguntarle nada más. Volví a mi sitio en la novena fila y empecé a recuperar la ilusión. Quizá no deba definirlo así. Empecé a recuperar el eje, un anhelo imprescindible para mi equilibrio, y tengo que admitir que ese equilibrio se cifraba en la pasión por las mujeres que sabían dominar un instrumento.

Escuché la obra de Holst como si yo mismo girara alrededor de una bola de luz. Las notas que partían desde la celesta remedaban el polvo de estrellas que va quedando tras el paso de Mercurio. Yo iba siguiendo los movimientos de Alejandrina, su forma de mirar al director, su nerviosismo inicial. Siempre intimida esa primera vez en una orquesta. El director, que era rumano, reprendía a los músicos en español e inglés; exigía un pianísimo que las violas no alcanzaban a darle. De repente mandó callar a todos y habló marcando las sílabas: «Si ustedes lo pueden oír, no es pianísimo». Alejandrina sonrió al escucharlo, fue la sonrisa que me convenció.

Terminado el ensayo, la busqué tras bastidores. La hallé de pie junto al clavecín; seguramente también tocaba el clavecín. Fue lo primero que le pregunté, incluso antes de presentarme. Dijo que lo tocaba, por supuesto, pero que lo suyo era el piano, y más que nada la celesta. Ensayé una expresión asexual de crítico sensiblero: le expliqué que me encantaba el sonido de campanitas que produce ese instrumento, algo que me venía desde la primera vez que me

llevaron a ver el *Cascanueces*, a los cuatro o cinco años.

—A mí me pasó igual —reaccionó Alejandrina, mordiendo el anzuelo.

Agregué que se me acababa de ocurrir que sería bueno escribir algún artículo para los niños; contarles lo que era una celesta y lo que era un clavecín. Y que el mejor modo de hacerlo era sin duda entrevistándola a ella.

Alejandrina Sanromá aceptó ilusionada. Le pregunté que cuándo. Me contestó que esa misma noche. Le pedí que cenáramos juntos y tuvo un gesto de coquetería que selló su suerte:

—Tendré que ir a cambiarme a casa.

Le sonreí. En mi cabeza comenzaba a sonar otra celesta de depravadas campanitas.

—Si no es molestia, la acompaño a su casa y la espero.

Fue una temeridad, pero funcionó. Vivía muy cerca del teatro y caminamos hasta el edificio de apartamentos. El suyo estaba en el noveno piso, un número que siempre me ha dado buena suerte, y lo compartía con su hija adolescente. La niña —pequeñas alegrías que nos procuran los planetas— estaba pasando una temporadita con su padre. Alejandrina era una fruta demasiado madura, a la legua se olfateaban sus ganas de guerrear. Por el camino me comentó que siempre leía mis reseñas. Yo les resté importancia, me hice el humilde y preferí concentrarme en las preguntas que le hacía. Trataba de confundida ya la vez halagada. La confundía manteniéndome distante, en actitud periodística. Al poco rato de entrar en el apartamento, se excusó para ir a cambiarse de ropa y me dejó solo en la salita Momentos antes me había ofrecido una copa de vino, había puesto un disco con interpretaciones al clavecín —algo tan libidinoso siempre— y me había dado un catálogo para que mirara las celestas que fabrican en Inglaterra. No tenía, mi buen ángel, una celesta propia, debido a que eran demasiado caras. Tenía, eso sí, un dignísimo piano vertical. Pensé que le pediría que tocara alguna pieza, pero enseguida se me ocurrió una idea mejor.

Reapareció al cabo de unos minutos. Se había vestido de negro, un vestido bastante recatado, mangas largas y cuellito de monja. Sé por experiencia que esa cerrazón muy a menudo significa lo contrario. La miré de arriba abajo y me levanté: era hora de irnos. Por el camino le propuse que paráramos en el conservatorio. Pensé

que era el único lugar donde podría encontrar una celesta disponible. La del teatro no me servía, no podía pasar trasbastidores a esas horas, y menos con una mujer. En el conservatorio, sin embargo, me conocían los guardias nocturnos; estaban acostumbrados a verme de noche. De vez en cuando solía encerrarme allí para preparar mis clases o escribir mis reseñas.

La celesta estaba en el estudio del profesor de piano. Rogué a Dios para que la llave no estuviera echada. Y no lo estaba. Entramos y encendí la luz, que me pareció un bochorno, tan blanca y líquida. Busqué con la mirada una lamparita y alcancé a ver una sobre la mesa, junto al estante de los libros. Me apresuré a encenderla y de inmediato apagué la del techo. Alejandrina se había acercado a la celesta, la acariciaba con la punta de los dedos. De pronto me tuteó:

—Si escribes ese artículo, no te olvides de poner que la celesta solamente tiene un pedal.

Me pareció una idiotez, pero asentí, y le rogué que tocara alguna cosa. Ella se acomodó en la banqueta y escuché los primeros acordes.

—Chaikovski —ronroneé, reconociendo la melodía—o A su sobrino le fascinaba la celesta.

Alejandrina levantó la cabeza y me miró a los ojos. Fue suficiente. Luego volvió a concentrarse en el teclado y yo me concentré en las posibilidades estratégicas del estudio: no había un mísero sofá donde tumbada, ni una butaca razonable. Ni siquiera había alfombras.

—Ese jovencito solía sentarse junto a Chaikovski —solté indeciso, como quien suelta prenda—, y se empeñaba en tocar con su tío.

—¿Celesta a cuatro manos? —sonrió Alejandrina—. Debe de ser incómodo.

Puse cara de asombro. El angelito húmedo trataba de ser mordaz con su demonio protector. Chaikovski se ponía furioso —mentí despacio; no estaba seguro de estar mintiendo—, fingía más bien su furia, porque en el fondo disfrutaba de la cercanía del sobrino. Jugaba de manos con él, le gruñía como lobo y olisqueaba sus orejitas frías… Así fue como compuso *La danza del hada confitada*.

Alejandrina me miró con desconfianza. Tenía los labios orientales, esa boca chiquita y repintada que de repente tuve

intención de devorar.

—No exactamente las orejas —rectifiqué—, sino detrás de las orejas. Hay una zona allí…

Ella pretendió no haberme oído y yo tomé su mano, por un momento me apropié de sus deditos fríos, arrebatándoselos a la celesta, y los froté contra mis labios. Fue como si susurrara unas palabras mágicas, porque su mano entera pareció recobrar todo el vigor, se independizó por completo y empezó a acariciarme. Primero el pecho y luego uno de mis muslos, y finalmente se refugió en mi entrepierna. Allí pudo capturado todo; capturó mi pasión, que reverdecía plenamente; y capturó algo que se llama instinto. Eso está siempre en los testículos.

—Mejor nos vamos —musitó ella sin soltarme, sin que su cuerpo evidenciara la menor intención de moverse.

La obligué a ponerse de pie y la besé. Me acerqué a la mesa y apagué la lamparita. En completa oscuridad, volví a su lado y la empecé a desvestir: negro que cayó sobre negro. No nos veíamos, tan sólo oía su respiración y notaba sus manos desabrochándome el pantalón. A tientas terminé de desnudada y le pedí que retornara a la celesta. Ella se sentó con dificultad, ahogando risitas, tropezando un poco. Cuando estuvo sentada en la banqueta, me le acerqué por detrás y me incliné sobre su espalda, con ambas manos le tomé los pechos y empecé a besarle los hombros. Poco después le hablé al oído:

—Toca un poquito.

Escuché un «no» muy suave. Balbuceó que no podía.

—¿Ni siquiera esa parte de *Salomé*…?

Restregó su rostro contra el mío.

—Esa menos que ninguna.

Lamer la nuca de una mujer que está a punto de tocar la celesta debería ser el acorde final de la locura, no el principio. Me di cuenta de que todo podía arruinarse de un momento a otro: bastaba que ella se diera vuelta y me abrazara, algo tan convencional al fin y al cabo; o que yo mismo, cediendo al desquicio, la ciñera por la cintura y la arrastrara al suelo.

—Entonces toca otra cosa —gemí—, toca lo que tú quieras…

Se echó a reír, pero sin convicción.

—*La danza de la reina confitada* —murmuró.

—No es reina —balbuceé—, sino hada.

Comenzó a tocar, algo apagadita primero, como si se estuviera despertando, pero con más brío a medida que se convencía de la dulce recompensa que le esperaba al final. Me arrodillé detrás de la banqueta y le besé la espalda, haciendo coincidir cada pequeño beso con las notas de las campanitas: *do do do, si si si… la re si re la*. Abrazado a su cuerpo desnudo, acezando en la penumbra de aquel estudio, sentí volver esa emoción que creí agotada con Manuela. Para Alejandrina, por fin, era un desafío seguir tocando mientras la acariciaba. Y aquel, en suma, era el auténtico secreto de la melodía: un lobo perverso envuelto en algodón de azúcar.

Me levanté y ella dejó de tocar. Era difícil orientarse en la oscuridad, y era delicioso hallar una pista: un pecho, un muslo, los labios de Alejandrina que se desesperaban por atrapar mi sexo, y eventualmente lo conseguían. Se aplicaba entonces; eso bueno tienen los virtuosos: se aplican, insisten, repiten, poseen una sed perfeccionista que no conoce el hastío ni el agotamiento.

Sin esperar el desenlace, me retiré dulcemente de su boca y la obligué a separarse un poco de la celesta.

—Hacia atrás —le susurré y comprendió enseguida.

Me arrodillé frente a ella y le pedí que extendiera las manos; sólo quería saber si alcanzaba con ellas el teclado.

—Ahora —sollocé—, ¿puedes tocar?

Echó su cuerpo hacia delante, sólo las puntas de sus nalgas descansaban en la banqueta, y yo, sentado ya en el suelo, hundí la cabeza entre sus muslos.

—*La danza*… —suspiró—, ¿vuelvo a tocarla?

El confite, toda la miel del mundo, estaban allí, bajo mi lengua, y las manos de Alejandrina Sanromá tocaban a despecho de mi voracidad, pero también a despecho de su locura. Se había vuelto loca y de Chaikovski saltó a alguna otra pieza que no fui capaz de identificar. El ruido de sus gemidos se entremezclaba con las campanitas de la celesta, y en el momento en que la sentí venir, la oí golpear el instrumento, lo aporreó con furia. Alejandrina dejó de tocar y sollozó largamente, puso sus manos sobre mi cabeza —sobre mi rostro de duende confitado— y fue calmándose poquito a poco.

Me incorporé y le chupé los pezones. Ya no me importaba que en aquel estudio no hubiese un sofá, ni siquiera una butaca. La

empujé suavemente, hacia el suelo y me tendí sobre ella. Nunca había tenido bajo mi cuerpo un cuerpo tan delgado, pensé que no me gustaban las huesudas. Pero me equivocaba. Los huesos de Alejandrina empujaban mis propios huesos, sobre todo a la altura de las caderas, y la sensación que me produjo aquel duelo me llenó de un regocijo macabro: éramos dos esqueletos batiéndonos a muerte, tratando de rompernos el uno contra el otro, rozándonos a ver cuál de los dos se deshacía primero.

Levanté las piernas de Alejandrina y las retuve en alto con mis manos antes de adentrarme brutalmente en ella. Esa iba a ser la estocada final, el golpe de gracia para un montoncito de carne que, tocado por la varita de Un hada, estaba a punto de convertirse en polvo luminoso. Alejandrina chilló, y si yo no lo hice con la misma intensidad fue porque me abrumó en ese momento la dicha de haber recuperado la pasión, que no es otra cosa que la sensación de nacer y morir en un segundo, y renacer sabiendo que ya nada te podrá matar.

Yo era inmortal, prácticamente invencible cuando me retiré del cuerpo de Alejandrina Sanromá. Tropecé con la celesta antes de poder llegar a la mesa para encender la lamparita. Alejandrina estaba inmóvil, tendida en el suelo, y yo busqué entre mi ropa un pañuelo. Volví a su lado y le enjugué la entrepierna como si le enjugara unas lágrimas.

Nos vestimos y fuimos a cenar. Alejandrina no bebió una gota de licor, nunca bebía, pero parecía borracha. Me rogó que fuéramos a su casa y le advertí que lo iba a lamentar. Se lo advertí con malicia y me respondió que no le importaba. Que lo único que deseaba esa noche era lamentarlo todo, impacientarse por todo, llorar de ganas de llorar. Quería que la tomara al derecho y al revés, a la buena y a la mala, de golpe y sin aviso y sin misericordia. Enrojecí, nunca había conocido a una pianista, virtuosa o no, tan deslenguada. Alejandrina deliraba en voz baja, pero pensé que, aun así, desde alguna mesa cercana la podían oír. Tomábamos el postre y le confesé que me gustaba mucho. Ella tembló dentro de su vestido negro: una cerrazón tan anegada y bruja como el sendero de su propia sangre.

Llegado el sábado asistí, como siempre, al concierto. Desde arriba, antes de sentarse frente a la celesta, Alejandrina me buscó

con la mirada. Ya le había dicho que estaría en la novena fila, un poco hacia la izquierda. Sonrió cuando me divisó y temí que me lanzara un beso, o que tocara un trocito de *La danza del hada confitada*: la sabía capaz de cualquier extremo. Sólo estuve tranquilo cuando terminó su participación en *Los planetas*, una suite que nunca me pareció tan larga, ni tan flagrante en su vulgar lujuria.

Dos meses más tarde, yo volvía a enloquecer, pero esta vez mi amada tocaba el clarinete. Rebecca Cheng, aparte de ser casi una niña, era experimentada maromera. Mi incontenible china y yo probamos posiciones desnaturalizadas y caricias de circo. No fue necesario recurrir al oprobio, como con Manuela Suggia.

De casi todo se reía Rebecca. Tenía una risa de chinita astuta que es sorprendida robando un loto de un estanque ajeno.

Virginia

En realidad, el hermano de Virginia Tuten no era su hermano, sino su primo. El padre afinador de pianos adoptó legalmente al niño cuando Virginia tenía unos meses de nacida. Crecieron por lo tanto juntos en la casa familiar de Antigua. Y juntos durmieron a menudo, hasta que Virginia cumplió catorce años y su padre la mandó a estudiar a Nueva York.

Me lo contaba ella misma sollozando, luego de un cuerpo a cuerpo más bien soso. Nos quedamos acostados, un poco desubicados el uno al lado del otro, y yo la escuché en silencio, desenredando a duras penas su murmullo ronco. Virginia hablaba de la calle donde había crecido; de los juegos a los que solía jugar después de practicar el violín, cinco o seis horas al día; de la mujer que la crio y sustituyó a su madre, una pintora a la que le faltaba un brazo. Fue esa mujer la que los sorprendió, a Virginia y a su hermano adoptivo, ensartados como si fuera un juego mientras miraban la televisión. Entonces la sacaron de Antigua.

Todo eso lo escuché mientras le acariciaba el vientre; se lo froté despacio como si quisiera aliviarle un dolor. Pasada la primera impresión de hallada semidesvanecida en la bañera, me di cuenta, porque conozco a demasiadas violinistas, de que Virginia trataba de llamar la atención, pero sobre todo me di cuenta de que era la clásica virtuosa mal servida. Su espectáculo había tenido el propósito de asustarme, y ya que todo susto activa una pequeña dosis de lascivia, aprovecharse y seducirme a fondo.

Después de sacada del agua, mientras la envolvía en toallas, ella me miraba con el rabillo del ojo, escrutaba lúcidamente mis reacciones. Era muy mala actriz, Virginia Tuten. Todo su talento, toda su inteligencia estaban en la forma en que tocaba; en la doliente audacia que solía asumir, por ejemplo, el *Moderato nobile* del *Concierto* de Korngold (aunque entonces yo no lo sabía, se lo

escuché mucho más tarde). Ni siquiera era una buena amante. Dije ya que el cuerpo a cuerpo había sido muy soso. Pero en esa sosera, en la manera en que nos apresuramos y luego nos sumimos en una especie de letargo, estaba el germen de un mal mayor. Me enamoré como un imbécil de Virginia Tuten, y me enamoré por una razón que todavía a mis años, con la sabiduría que me ha dado el tiempo, no me puedo explicar. No fue la más bella, ni la más ocurrente, ni la más genial de todas mis virtuosas. No me enseñó nada especial acerca del violín, esas pequeñas iluminaciones que provenían de las demás solistas cuando, por complacerme, tocaban desnudas, frente a mí, un trocito de cualquier concierto. Virginia se refugiaba demasiado en su nube, se arrinconaba como un perro enfermo. Le faltaba entusiasmo —no tanto para el violín como para la vida— y el hecho de saberla tan insondable pudo haber influido en mis sentimientos. Por lo mismo que no podía alcanzada, se convirtió, a mis ojos, en un ser desamparado; un animal cerrero pero a la vez tristísimo.

Físicamente me gustaba mucho. Digo mucho y sin embargo pienso en los defectos: las caderas demasiado anchas, esa textura mórbida del vientre; gruesa de muslo y de trasero, como buena mulata; los pies tan grandes como los de un hombre, y el pelo estirado a base de mejunjes: pasa domesticada y lisa, pero igualmente dura. En algún momento de nuestro reposo, tan desabrido como la batalla, le pregunté si ella también tenía la «marca de Saint Saëns». Salió de su sopor para mirarme y respondió que no tenía la menor idea de lo que era eso.

—Es una marca que tienen algunos violinistas —dije bajito, señalando el lugar en mi propio cuello.

—Tonterías —exclamó—, no conozco a nadie que la tenga.

Me incorporé en la cama para contarle del violinista chino y la gruesa línea de color marrón que tenía del lado izquierdo, sobre la clavícula. Le puse el ejemplo de las clarinetistas. Puede ser delicioso besar a una de ellas: suelen tener un callito en el labio inferior, por la parte de dentro, y ese callito incordia en los labios ajenos. Incordia o provoca, dependiendo del que lo detecte: a mí me excitaba una barbaridad. No sé si era el mejor ejemplo, pero al menos surtió el efecto que me interesaba. Virginia se dio vuelta con un movimiento que me pareció esforzado; acostada boca arriba, se

veía tan ancha como un león marino.

—Pues yo no tengo ninguna marca —dijo ofreciéndose—: Compruébalo si quieres.

Tuve que admitirlo mientras le besaba el cuello: inmaculado por un lado y por el otro. Fue suficiente para que se me antojara masacrarlo, chuparlo con ferocidad y luego dejado, no con la «marca de Saint Saëns», sino con mi propia huella recalcitrante y húmeda.

—Deberías venir conmigo a Nueva York —me dijo al oído; se notaba que desde hacía rato lo venía pensando.

Yo ignoré el comentario. No le podía decir lo que ella probablemente ya sospechaba: estaba casado con una mujer muy entusiasta, que no me exigía ni grandes ni pequeños sacrificios; tenía una niña con buen oído para la música, no tan virtuosa como ella, por supuesto, pero disciplinada. Disfrutaba, además, de mi trabajo en el conservatorio, y sobre todo, de escribir las entrevistas y las reseñas para el periódico.

—Wendolyn se pondrá de acuerdo con mi hermano —agregó, refiriéndose a la leona deseosa—, entre los dos me sacarán de aquí. Sé lo que va a pasar: prefieren verme muerta.

Tenía tendencia al melodrama. Pero incluso ese rasgo nauseabundo, que tanto me ha irritado siempre en hombres y en mujeres, lo supe disculpar en ella.

—Ya no los reconozco —insistió—, no sé quién es mi hermano ni quién es mi secretaria. Mi vida se ha vuelto una calamidad.

Egocéntrica, además, como casi todas las cuerdas (las chelistas suelen ser incluso peores), el mundo giraba alrededor de su pequeño mundo. Guardé silencio y ella se acurrucó a mi lado. La primera impresión que había tenido en el teatro se reafirmaba en esa intimidad: Virginia era una nodriza pecadora, tenía las tetas más descomunales que le vi jamás a una mujer. Tetas de negra generosa que amamanta a sus criaturas, sí, pero además a la criatura blanca, que es la advenediza y sin embargo la que más succiona. Me hice criatura, me hice un guiñapo frente a su pecho, que se convirtió de pronto en una especie de matriz cerrada a cualquier valoración, prohibida para cualquier enigma que no fuera el del deseo. Apreté los ojos para quedarme ciego y emprendí un viaje a la inversa, desnudo por primera vez: le entré con ganas y me

colé en su vientre. Luego le pedí a Dios que nunca, nadie, me volviera a traer al mundo.

En esa segunda vuelta sobre su cuerpo, fui más consciente de que en la lentitud y el silencio, en la supuesta indiferencia con que Virginia me acogía, hallaba yo, de pronto, un aliciente que no había hallado en las otras. No era una buena amante, cierto. Virginia era otra cosa y poseerla tenía otra categoría. Como poseer algo que no es humano, una piedra tal vez, o un animal. A ese nivel, enzorrado en su carne, disfrutando esa calma, puedo jurar que enloquecí. Con ninguna otra mujer llegué jamás a lo que había llegado con Virginia. Sobre ningún otro sexo consumí tantas horas de lengua abnegada. Y a propósito de ninguna relación medité con tanto ahínco, con tantísimo miedo. Me desvivía por ella, me derretía oyéndola tocar, y por primera vez, en muchos años, sentí que mi matrimonio naufragaba.

—Idiota gorda violinista —llegué a murmurar meses más tarde, en el hotel de Nueva York donde nos fuimos a encontrar. Virginia estaba desnuda y tocaba dándome la espalda. Mi capricho había sido que interpretara esa pieza, *Hora staccato*, melodía agorera y provocadora, salida del cerebro de un rumano mustio. El capricho de Virginia era tocar desnuda, al pie de una ventana, pero dándome la espalda. Cuando terminó y se volvió para mirarme, vislumbró el espectáculo que le confirmaba mi ruina: yo era un mascarón golpeado, que ya no soportaba la visión de sus carnes sin entregar mi voluntad, o sin sufrir las más rotundas, violáceas, desheredadas erecciones. Lloraba como un niño, de deseo y de amor.

—Ven para acá —recuerdo que le dije, dándole una orden risible a la dueña absoluta de todas las órdenes.

—Ven tú —gritó Virginia, sosteniendo todavía el violín con una mano y el arco con la otra.

Volvió a virarse de frente a la ventana. Caminé hacia ella y me detuve cerca, lo imprescindible para sentir su olor, parecido al de la nuez moscada, pero mezclado con el de sus pechos, que era un aroma original. En el aire flotaba todavía el compás diabólico de la melodía rumana, y comprendí que no podía dar ni un paso. En ese instante no podía tocarla, ni caer de rodillas y morder sus nalgas; ni abrirle las piernas y bucear desde abajo, como un ternero nutriéndome del sexo, algo que tantas veces había hecho. Si la

abrazaba, podía estallar por dentro y desplomarme. En un segundo me podía morir.

Ella me echó una ojeada y sonrió. Entonces volvió a colocarse el instrumento al hombro y comenzó a tocar. Era el *Valse triste*, del loco Nerval, esa música ensopada y fúnebre.

¿Cómo se podía ser tan implacablemente hija de puta?

—Me siento como uno de esos esquimales muy viejitos —dijo Sebastián— al que otro le mastica la comida y le pone la papilla en la boca.

No le respondí. Él se sentó frente a mí y me deprimí pensando que en realidad los dos estábamos para papillas.

—Lo digo por tus memorias, o tus historias, o lo que sean. Me lo estás dando todo masticado, todo lo que te conviene, por supuesto. Ahora tenemos novelita de amor.

Sonreí sin ganas, sólo por avivar su coraje, y seguí revisando mis notas: hojas sueltas, libretitas mugrosas, agendas de años lejanos, demasiado lejanos y demasiado vivos. El resto estaba en mi memoria, lo único que no quería fallarme en esa hora de lenta, visceral zozobra.

—No me has contado si por fin te fuiste a Denver con Clint Verret —agregó Sebastián y a la vez me clavó una mirada de pena, suplicante como la de una madre.

Me atrincheré en la impiedad. Le advertí que la envidia lo reconcomía, y que a su edad, que era casi la mía; tenía que aprender a controlarse.

—Sabrás que estoy harto del romance con esa mulata boba —lo oí murmurar. ¿Cómo tuviste hígado para soportada tanto tiempo?

—Es que me robó el hígado, precisamente —recalqué sin mirado —. Según los bereberes, es en el hígado donde está la cosa del amor. Y es el hígado lo que uno entrega cuando se enamora.

Sebastián hizo un gesto de incredulidad y me devolvió las páginas que le había dado el día anterior. En ellas hablaba de Virginia, de mis sentimientos verdaderos hacia esa mujer. Nunca se los había confesado a nadie. Tal vez ni siquiera a mí mismo.

—Al final—dijo con ironía—, seguro que regresó a Nueva York con la secretaria marimacha y con el hermanito.

—No era el hermano —le aclaré.

—Ya sé, el hermano adoptivo, el primo…, *whatever*.

—Era el marido, Sebastián. Estando en Nueva York lo supe, no me preguntes cómo. Virginia era una máquina de fabricar embustes.

Sebastián abandonó un instante su actitud resentida y soltó una carcajada.

—Era igualita a ti, eso fue lo que te cautivó.

—No lo era —contesté, con una voz crispada que delataba lo contrario.

Entonces me puse a leer un comunicado de prensa que alguien había dejado sobre mi escritorio. Lo leí con una mezcla de nostalgia y pánico: la pianista Margarita Shevchenko arribaba ese fin de semana a San Juan. Significaba eso el primer concierto al que asistiría sin ninguna misión concreta: ya no tendría que escribir la reseña, ni tampoco tenía alumnos a quienes recomendar el espectáculo para luego comentado en clase. No disponía ni siquiera del aliciente de conquistar a la pianista, cualquiera que fuera el aspecto de esa Shevchenko tumultuosa. La música, en adelante, no era más el remanso de paz que dicen los sensibleros. Nunca lo fue para mí, de todas formas. Pero ahora, frente a un futuro sin pasión, tenía que hallarle un fin en sí misma; debía enfrentarme a esa realidad, como quien atraviesa una frontera y luego se palpa para saber si está entero, si no ha perdido un brazo o tiene un agujero en el vientre. Yo tenía que asistir a ese concierto, preferiblemente solo —nada de esposa ni de amigos compasivos— y salir de allí sabiendo que toda la emoción, esa bola indigesta de sentimientos y revelaciones, tendría que volcada en otra parte, ya jamás en el periódico. Llevármela a mi casa y no hacer nada con ella. Seguir viviendo, que es lo único que se puede hacer a esta edad.

Sebastián dejó de quejarse de mis escritos para atender a uno de sus reporteros, que llegaba con la noticia de un divorcio, el de una actriz famosa, me pareció escuchar. Luego la redacción volvió a quedar en calma. Sebastián anunció que regresaba a su mesa para dejarme escribir.

—Sólo una cosa —agregó—, ¿cómo termina el numerito de la celesta?

Lo miré de arriba abajo. Por fin había logrado irritarme.

—¿Cómo que cómo termina? Ya terminó. ¿No te diste cuenta?

Hay cosas que terminan así de bien.

—Tienes razón. Ahora falta que me cuentes cómo terminó la cosa con Verret. Espero que todo terminara mal, son las historias que me gustan.

—Terminó en Denver —susurré, dosificando un poco la información.

—¿Tan rápido?

—Estuvimos tres días encerrados en el Brown Palace. Lo que tuvimos allí equivale a unos veinte años de convivencia moderada.

—¿Sin salir?

Sebastián se había puesto un poco pálido; tragaba urgentemente en seco.

—Ese hotel, por dentro, es como un barco antiguo, con balaustradas de bronce y galerías. Me hice la idea de que estaba navegando.

Sebastián entornó los ojos. Hizo un gesto como de haber sufrido un vahído, puro teatro, y abandonó del todo su tonito cáustico.

—Escríbelo entonces, Agustín. Estuve buscando en el archivo las fotografías de Verret. Saqué una de ellas, la tengo en mi escritorio por si quieres verla.

Me negué con coraje, como si me hubiera propuesto un pacto suicida. Algo en el re encuentro con la imagen del pianista me atemorizó. De Verret no me enamoré, porque yo no me enamoraba de los hombres. Eso estuvo claro desde el principio.

—Si me lo permites —le dije—, termino con la historia de Virginia Tuten y luego escribo la de Rebecca Cheng. La de Rebecca es divertida.

—¡Verret! —cortó Sebastián; me conmovió su angustia—. Primero me cuentas lo de Verret y luego sigues con la mulata, con la china, o con la que te parezca.

Vi que transpiraba y le temblaban un poco las manos. Me puse de pie, acerqué mi rostro a su rostro, fijé mis ojos en los suyos, la punta de mi nariz casi rozando su nariz, al estilo de esos feroces militares que tratan de intimidar a sus reclutas. Hablé mordiendo las palabras.

—¿Qué pasa si te cuento otra novelita de amor, Sebastián?

Se quedó pasmado. Vaciló antes de preguntar:

—¿De amor con quién?

—Con Verret. ¿Qué tal si te digo que ese cabrón también me robó el hígado?

Su imaginación iba a estallar. Más que el corazón, más que la cabeza, hay una tripa, que es la de los locos sueños, que estalla siempre a través de las pupilas.

—Tú y Verret… —balbuceó Sebastián.

—No soy ningún maricón —troné bajito.

—Pero Verret…

—Tampoco lo era. Y sin embargo me robó el hígado. ¿Tú te lo explicas?

Dijo que sí con la cabeza y se marchó despacito. Me dio lástima. Me entraron ganas de llamar a Verret, de buscado en el último rincón de Australia, debajo de las piedras, en las apestosas bolsas de los marsupiales. Tragué también en seco: ¿hasta dónde iba a llegar en este intento de contado todo? ¿A cuánto me iba a arriesgar?

Cerré los ojos y me pareció escuchar un trocito del estudio para piano de Hiller. Vi luces y copas, y el balconaje inolvidable del Brown Palace, girando en torno a mí. La voz de Verret me llegó tan nítida:

—*Brown is the color of the lie*.

Sin tocamos, sentí que nos habíamos abrazado. Éramos dos caballeros mirando al mar desde cubierta. Y esa, tal vez, era la única verdad.

Verret

Llegué a Denver con el tiempo justo para soltar la maleta, cambiarme de ropa y salir hacia el ensayo con Verret. Estábamos en habitaciones separadas, como es natural, pero hice todo lo posible para que coincidiéramos en el mismo piso. El hotel se llamaba Brown Palace, y era en verdad un palacio. Por dentro, me recordó los barcos de las películas, esos lujosos transatlánticos con música de cuarteto de cuerdas.

Verret había llegado el día anterior. Tenía que hacer unos trámites relacionados con su contrato y preferimos demorar un poco nuestro encuentro: hubiera sido demasiado fuerte salir juntos de San Juan y llegar juntos al hotel de Denver.

Ferdinand Hiller flotaba todo el tiempo entre nosotros. A mí siempre me había parecido un compositor muy influido por sus amigos, Mendelssohn y Schumann. A Verret, sin embargo, le privaba —lo consideraba, en cierta forma, un visionario—y por eso lo incluyó en el programa. *El Estudio de concierto* de Hiller era una obra que se tocaba poco, y que a mi juicio estaba plagada de imposturas Durante el ensayo, sin embargo, la asimilé desde otra perspectiva y cambié de opinión: me pareció redonda y lírica, menos forzada, mucho más coherente. O tal vez la coherencia estaba en mí, dentro de mi apaciguado espíritu. El director era alemán, y a Verret, desde los primeros acordes, se le empezó a notar un ansia, una inquietud secreta. En algunos momentos, en lugar de estar tocando el piano, parecía que clamaba por un abrazo, por una sacudida que lo aniquilara y lo privara por fin de aquel dolor, esa punzada que le contraía el rostro y le inflamaba las venas del cuello A ratos, sacaba el pecho y elevaba la cabeza, como esperando la estocada que nadie se dignaba ofrecerle.

Verret me excitó durante ese ensayo más de lo que hubiera podido excitarme con caricias o palabras verdaderas. Tuve la

certeza de que, al tocar, pensaba en nosotros, en la noche que teníamos por delante, en todo lo que quería y no quería pedirme. Cuando terminó el ensayo y salimos a la calle, estábamos nerviosos y apenas podíamos disimularlo. Hablamos todo el rato de música, como dos maniáticos, enlazamos un tema con otro, intentamos frenar lo que sentíamos y lo logramos a medias. Al llegar al hotel, fuimos directo al bar. Ambos pedimos whisky, yo con hielo y él con un poquito de agua. Nos ofrecieron cigarros y decidí fumarme uno. Empecé a sospechar que algo flotaba entre nosotros, algo que no estaba dicho y que Verret estaba a punto de confesarme.

—Hoy me llamó mi ex mujer —dijo, sin alzar la vista—. Quiere que vendamos la casa.

Estaba acumulando fuerzas, ganando tiempo, respirando duro para darse ánimos. Lo que Verret tenía que decirme, cualquier cosa que fuera, no tenía que ver con los líos de su divorcio, ni mucho menos con la venta de una casa. Es el tipo de detalle que no puede captar una mujer. Pero yo sí, yo lo capté en el acto y me dispuse a esperar con paciencia.

—Me hubiera gustado conservar esa casa —agregó, tomando un sorbito de su whisky.

Nos quedamos muy callados; no sabía qué hacer para darle valor. No podía preguntarle abiertamente, ni suplicarle que me lo contara todo. De modo que intenté animarlo con un gesto, eso y una pequeña frase: acerqué mi rostro, por encima de la mesa, y le confesé que estaba feliz de haber viajado a Denver. Él me clavó la vista, vi temor en su gesto y su mirada. Empecé a asustarme, apuré un sorbo de whisky y él hizo otro tanto. De repente, miró hacia un lado, habló mirando hacia otra mesa:

—Va a venir alguien esta noche.

No comprendí enseguida. Pensé en Australia, se me figuró que alguien venía de allá.

—He conseguido una mujer para que venga —dijo mirándome de nuevo, y entonces puede decirse que entendí.

Entendí a medias. Era un sentimiento extraño, mezcla de contrariedad y de alivio. De celos atroces y de ilusión mortal.

—¿A qué hora viene? —le pregunté.

—A las ocho estará aquí.

Miré mi reloj, eran las seis y media. Tuve un impulso, más bien

una tentación que fue crucial para aceptar los hechos posteriores. Algo en mí se empeñó en besar a Verret, en medio del elegante Churchill Bar, delante de aquellos caballeros que disfrutaban sus cigarros y hablaban de negocios. Se lo dije bajito y él me miró a los ojos.

—Hazlo, si quieres.

Fue un momento de gran tensión, una pausa tan llena de promesas, de reclamos, de arrepentimientos, que no tuvimos que abrir la boca. No lo besé, pero ya todo estaba dicho. Le dije que me iba a dar un baño y él soltó un comentario femenino.

—Quédate así, con tu olor del viaje.

Yo quise corresponderle:

—Y tú lo mismo, con el olor de Hiller.

Levantó los ojos y suspiró.

—El pobre Hiller… ¿Sabías que se enamoró de una de las sirvientas de Mendelssohn?

Asentí, rebusqué en las brumas de mi mente.

—La hermana de Mendelssohn los sorprendió, ¿no fue la tal Fanny? Una escena muy trágica. Lo cuenta Küchlin en sus diarios.

—¿Küchlin? —se escandalizó Verret—. ¿Te refieres a Friederick Küchlin? Creo que eres la única persona que se acuerda de él. Me parece un compositor abominable.

—Un gran pornógrafo —añadí—. Eso sí que fue. No conozco a ninguna otra criatura que se haya atrevido a relatar la cópula con su propia abuela.

Verret se tapó la boca, me habló a través de sus dedos.

—¿Materna o… paterna?

Le guiñé un ojo y froté mi rodilla contra su rodilla: puro presagio bajo la mesa indemne.

A las ocho menos cuarto subimos a la habitación. Nos estábamos besando cuando escuchamos el timbre del teléfono. Verret contestó con una voz ronquita, bastante zafia, repleta de deseo, y nos seguimos besando después de que colgó. A los pocos minutos, llamaron a la puerta y ambos nos acomodamos la ropa y nos peinamos apresuradamente con las manos. Una mujer elegante, de unos treinta años, vestida con ropa de oficina, nos miró con aplomo. Dijo que se llamaba Lucy, y Verret, que tenía muy ensayado su papel, le besó la punta de los dedos y se presentó como Robert. Acto

seguido me presentó a mí: «Este es mi amigo, Ferdinand Hiller». La mujer soltó su bolso, miró a su alrededor y preguntó si podía pasar al baño. Verret le hizo un gesto, mostrándole el camino, y ella al pasar le dio un beso, un pequeño beso en la boca. A continuación limpió con un dedito la pintura que le había dejado en los labios.

La noción del tiempo se pierde en esas circunstancias. No sé cuánto rato permaneció ella en el baño. Verret y yo continuamos acariciándonos y también nos empezamos a desnudar. Quién sabe si ella abrió la puerta, nos vio abrazados y se ocultó de nuevo. Pese a su juventud, se veía que era una mujer prudente Hay momentos en que la magia no debe romperse, ni siquiera para imponer otra magia mejor. Por fin, en una pausa que hizo Verret para quitarse el pantalón, ella reapareció, casi desnuda. Era la primera vez que me sumía en un trío de esa naturaleza. Lamenté en lo más íntimo que esta mujer no fuera músico. En el ensayo con la Sinfónica de Denver, me había fijado en una de las chelistas: tenía una boca gruesa, ligeramente despectiva, pero la abría un poquito para tocar su parte. Era una de esas bocas que dan ganas de ocupar, de llenar a la fuerza mientras se escupen insultos desprovistos de coraje. De no haber sido por Verret, que tocaba allá arriba entusiasmado el *Estudio de concierto* de Hiller, yo habría abordado a esa chelista.

La boca de la mujer que teníamos en la cama no se abría con la misma lujuria. Para que la abriera como yo quería, hubiera tenido que saber de música; dominar un instrumento como el violonchelo, por ejemplo, y arrebatarse en la interpretación de un adagio, uno en particular, justamente el del Concierto de Haydn, terminado el cual —y lo digo porque me consta—la mayoría de las chelistas suelen quedar muy húmedas, rabiosas y a la vez blanditas. Un prodigio ese infalible *adagio*.

Y en prodigios pensaba mientras a mi lado se producía uno de ellos: Lucy retiró sus labios y me mostró al gigante que había logrado reavivar en Verret. No pude contenerme y la besé, le estrujé los pechos, absorbí en su boca todo el sabor del hombre que me pertenecía. Verret comenzó a gemir y yo dejé a la mujer para atenderlo. Vi que me extendía una mano, la derecha, y que agitaba sus dedos superdotados (y ahora un poquito tensos), como queriéndome alcanzar. Entonces acepté esa mano y me la llevé tiernamente a la boca: la lamí con orgullo, mano admirable que se

me escapaba, humilde mano de arrancar maravillas en el piano, que ahora sólo pretendía arrancar maravillas de un abismo: los dedos de Verret fueron directo a mi entrepierna y aferraron allí, aplaudidísimos dedos de tocar preludios. Se desató mi sexo, creció también hasta el extremo del dolor, pero a la vez sentí que había otra cosa en mí que germinaba: miles de venitas se inflamaron en mi cerebro y colmaron mi espíritu, otra erección de muy diverso signo se consumaba dentro. Sobre la cama, me puse de rodillas. Verret, sin retirar su mano, se inclinó y me la empezó a chupar, tan lleno de emoción y de alegría que sólo pensé en cerrar los ojos y en morir sin miedo. Mientras agonizaba, una tibia caricia me retuvo en el mundo: era otra lengua, la de esa mujer que casi habíamos olvidado. Empezó a trabajar en mi cintura, por detrás, y luego bajó, se hundió entre mis nalgas, se las ingenió para empujarme aún más contra la boca de Verret.

Decidí aguantar, grité y resoplé, empleé mis manos, mis insignificantes manos, que valían tan poca cosa, en acariciar y pellizcar la espalda del virtuoso. No quería derramarme allí, no por, el momento, así que me despegué de Verret y le rogué que penetrara a la mujer: sólo quería mirarlo. Se echó a reír, fue una risita mínima y provocadora. Me prometí arrancarle el alma, lo amenacé con destrozarlo, sin ungüentos ni saliva, barren ario sanguinariamente, a palo seco. Él me oyó extasiado y antes de tumbarse sobre la mujer, quiso abrazarme. Sentí su torso caliente y nuestros sexos se rozaron, se golpearon primero sin querer, y luego los juntamos a propósito, un esgrima silencioso, doblemente intenso.

Verret se hundió en la otra. Me mantuve algo alejado para contemplar su espalda, el movimiento de sus caderas. La mujer me llamó varias veces, pero decliné acercarme. Su intención seguramente era tocarme, chuparme sin dejar de fornicar con Verret. No le hice caso, más bien extendí mi mano y comencé a acariciar aquella espalda blanca, blanquísima, de músculos delgados pero endurecidos. Miré hacia abajo: parecían nalgas de mujer. Pasé los dedos, primero por fuera, y luego los hundí un poquito. No notaba ninguna diferencia. Verret gimió con más fuerza, me había sentido y me rogaba que siguiera allí. Volví a pasar mis dedos, él balbuceó unas palabras, dijo que sí, o dijo simplemente «más». La

mujer consideró que era con ella y pronunció algunas frases, quejidos y palabras soeces. Entonces comprendí que lo haría, supe que era en ese instante o nunca: me incliné y besé las nalgas de Verret, las besé con pasión y naturalidad, las oprimí con ambas manos, como si fueran pechos, y las abrí como si abriera el universo. Verret temblaba, una electricidad poderosa pasaba por su cuerpo y, debajo del suyo, también se estremecía el cuerpo de esa mujer.

Yo lo iba percibiendo todo, aprehendiéndolo todo, lamiendo con tenacidad, como si en ello me fuera el honor. Cuando el temblor de Verret se aplacó, también nos aplacamos nosotros, la mujer y yo. Los tres permanecimos quietos y abrazados. Yo continuaba endurecido, por dentro y por fuera, pero comprendí que era necesaria esa pausa, un minuto de reordenamiento y paz. Verret se apartó y la mujer me invitó a que fuera sobre ella. No la desprecié esta vez. Ocupé el lugar del otro casi instantáneamente —a rey muerto, rey puesto— y me alegré de recoger algo de su calor. Esa humedad que había en la piel de su vientre no era sólo de ella: el sudor de Verret también estaba allí. Y dentro de su sexo, en el oscuro túnel donde navegaba el mío, se encharcaban, aún, los líquidos de mi virtuoso.

La mujer cruzó sus piernas sobre mi cintura. Tuve la sospecha de que intentaba despacharme cuanto antes. Pero yo, con una idea fija en la cabeza, no estaba dispuesto a claudicar. La mano de Verret acariciándome la espalda me confirmó que una vez más se estaba espabilando. Besé a la mujer y me separé suavemente. Era a Verret a quien deseaba esa tarde, y los tres lo sabíamos: él lo sabía mejor que nadie. Me miró a los ojos y miró hacia mi sexo, no dijo una sola palabra y se tendió bocabajo. La mujer se limitó a susurrarnos porquerías y acariciarnos: besaba mis hombros y besaba el rostro que mordía las sábanas, la cara lívida de Verret, desfigurada por el dolor y el cansancio. En su oreja, por encima de las palabras de la mujer, impuse un vozarrón de miedo, en el que apenas reconocí mi voz: le recordé que había cumplido mi promesa, lo estaba barrenando sanguinariamente y lo haría muchas veces más, todas las que hicieran falta, con puta o sin puta, durante esos tres días que iba a durar nuestra aventura en Denver.

Creo que sollozó. Me pareció que la mujer estaba a punto de

interceder por él. Enloquecí en el momento final y lo mordí en los hombros, en esa nuca que siempre me pidió castigo. Su pelo rojizo se me metió en la boca y no hice nada por impedirlo: el pelo enredado entre mis dientes me hizo un extraño efecto, como si hubiera devorado un animal.

Más tarde, Verret mandó buscar unas bebidas. La mujer volvió a vestirse y tomó una copa con nosotros. Hablamos de las calles de Denver, ¿de qué otra cosa podíamos hablar con ella? Al despedirse, le dio un pequeño beso a Verret, le dijo: «Hasta la vista, Robert». A mí, en cambio, se limitó a decirme adiós desde la puerta:

—*See ya, mister Stravinski*.

Me detuve junto al muro, frente a la bahía, y recorrí con la vista ese pedazo de puerto que siempre me trae buenos recuerdos. Estaba un poco nublado y así era una delicia. Me gusta ese parque, que llaman Parque de las Palomas; me produce una paz muy especial y por eso trato de visitado solo. Una vez, hace muchos años, me acompañó hasta allí una mujer. Fue un acto de locura, y en cierto modo, un acto de magia. Esa mujer era Rebecca Cheng, la mejor clarinetista que conocí en mi vida, y la llevé para que hiciera música, no con el clarinete, por supuesto, hubiera sido algo ruidoso. Rebecca tocó para mí un instrumento chino, una especie de laúd diminuto que producía una vibración perversa. Lo tocó de un modo muy sensual, moviendo la cabeza como si estuviera en la Ópera de Pekín. Era un día entre semana, cerca de la medianoche, de modo que no había casi nadie en los alrededores, si acaso dos o tres curiosos que se pararon a mirar, pero que al contrario de lo que yo temía, enseguida se aburrieron y continuaron su camino.

Rebecca tocó canciones chinas, desconocidas para mí, pero bellísimas. En las pausas entre melodías, yo la besaba en la frente. No me sentí capaz de darle ningún beso más comprometido. No en ese lugar, escuchando la respiración de las palomas, que era como un susurro de los árboles, y aspirando el olor del salitre, tan fuerte que todo me sabía a sal gruesa: la piel de Rebecca y hasta mis propios labios.

De niño, mi madre solía llevarme a ese parque. Luego de la clase de piano, visitábamos la casa de una de mis tías, que vivía muy cerca, en la calle del Cristo. Esa tía me daba dinero para comprarles comida a las palomas. Así que al final de la tarde mi madre y yo acabábamos por esos rumbos. Las palomas me rodeaban y me picoteaban el cuello, el pelo, inesperadamente el pecho. Había un trasunto erótico en ese picoteo, pero yo no lo sabía. Tampoco sabía,

a los siete u ocho años, que la música en mi vida, más que un pasatiempo, o más que un modo de ganarme el sustento, habría de convertirse en un sueño absoluto, imprescindible a la emoción sexual. Las pocas veces en que me encamé con alguna mujer que no supiera tocar un instrumento, me contagiaba de su ignorancia: terminaba por no saber cómo tocarla a ella. La trataba con cierto desdén y al final la dejaba insatisfecha. Pensaba que no había encanto, ni hechizo, ni la menor necesidad de hurgar en ese pozo de temperamento que es el vientre. Sentía que allí no había profundidad, al menos no la profundidad que a mí me interesaba.

Miré al horizonte, nublado pero luminoso. Es una condición común a los cielos de estos meses. Por la mañana, temprano, había estado en el periódico, quería saber la opinión de Sebastián con respecto a los papeles que le dejé el día anterior. La historia de Verret debió de trastornarlo, cosa que puedo comprender muy bien: Verret lo trastornaba todo, hasta la paz y la serenidad de un hombre que nunca quiso —ni pudo— dejar de serlo. Pero además, a Sebastián le di la historia de Rebecca. Le aconsejé que la leyera detrás de la Verret. Se me ocurrió simplemente que Rebecca era como esos sorbetes de fruta que se sirven entre dos platos fuertes para mitigar sabores. Había un abismo entre mi pasión por el australiano y el sosegado romance que viví con la clarinetista china. Lo mismo que había un abismo entre la propia Rebecca y la vorágine de lodo, confusión y espanto en que se convirtió mi relación con Manuela.

Resultado: Sebastián se enfermó. O por conveniencia se fingió enfermo, para no tener que enfrentarse a mí y por lo tanto concederme toda la plenitud que revelaban mis escritos. Antes de verme, él tenía que digerirlo lentamente —como una boa que va engullendo un animal mayor—, meditar en las frases con las que iba a comentar mis dos relatos: el de Verret, primero, que era el más escabroso, y el de Rebecca después, que ya me imaginaba que no le iba a gustar. Sebastián detestaba a las niñas, a los chiquillos en general, y Rebecca, cuando nos conocimos, no había cumplido diecisiete años. Técnicamente era una princesita china, con oído absoluto, eso sí, un genio musical capaz de identificar cualquier nota sacada de contexto, y capaz de producirla, además, sin errores ni diferencias de altura. Esa testarudez, ese rigor sonoro, lo aplicaba

luego en la cama, en las interminables trabazones donde, el minimalismo y la delicadeza nos hacían cada vez más voluptuosos. Nunca supe si me acostaba con Rebecca o con su fantasma; todo eran siluetas, medias tintas, suspiros que instantáneamente pasaban a convertirse en sombras. Nada fue más placentero ni más leve, y muchas veces, a través de los años, eché de menos ese amor flotante y como sostenido por hilos invisibles.

En el parque, rodeado de palomas, volví a ver a Rebecca: la veía allí, y la veía en la cama, tocando el diminuto laúd, desnuda y con las piernas dobladas, como una esclava que esclaviza. Rebecca solía decir que con el clarinete se ganaba la vida, pero con el sanxuan (creo que así se llama ese instrumento) se ganaba el cielo, y el doblegado corazón de muchos hombres. En el fondo, y esto no tenía que ver con la música, era una engatusadora fina, que se había acostado ya con una media docena de directores —uno muy conocido, japonés por más señas, le propuso un *ménage à trois* con una famosa cantante de ópera—, sin contar sus ardientes interludios con solistas de todo género, a menudo norteamericanos. Rebecca, desde niña (es decir, desde más niña), había vivido en Chicago.

Siempre he oído decir que los viejos suelen apoyarse en sus recuerdos. Siempre me prometí que no caería en esa trampa. En el pasado tuve días luminosos Ahora, que era de noche, casi de noche, me negaba a vivir como un vampiro, de la sangre de mis propias hazañas. Contarlas en un libro era una cosa. Sentarse en un parque, rodearse de palomas, mirar hacia la bahía y recordar a una chinita que mamaba con primor, como si dibujara una acuarela con pagadas, era algo deprimente. Era darse por vencido, o darse por muerto.

Me levanté y sonreí pensando que acaso el verdadero fiambre, a esas horas, era el pobre Sebastián, muerto de envidia y de arrepentimiento. ¿A cuántas maravillas renunció en su vida? ¿Cuántas veces prefirió cerrar los ojos, antes de abrirse el pecho y arriesgarlo todo?

Yo, en cambio, mantuve los ojos bien abiertos, perrunamente abiertos. Había algo en mi naturaleza que me obligaba a saborear, invitar, sugerir a través de la mirada. Y más tarde, a la señal de un golpe imaginario —diez platillos del amo Berlioz—, me lanzaba al ataque sin culpa ni remordimientos; los culpables son una raza

aparte, inferior desde luego. Sólo ponía una condición: que hubiera música de por medio. Uno tiene sus caprichos, el fetichismo de unos labios que se vuelven musculosos a fuerza de apretar una boquilla, o el fetichismo de unos muslos que, acostumbrados a rodear el violonchelo, siempre están llenos de fogosa intuición.

Volví al periódico. Necesitaba continuar, comprendí que necesitaba vomitar esa pasión que, por equívoca y maldita, todavía me revolvía el estómago. Estaba tenso porque sabía que me tocaba escribir sobre Manuela Suggia: exagerada violinista, demonio de amante.

Manuela

De niña, cuando se negaba a estudiar el violín, su madre la obligaba a quitarse los zapatos y a pararse descalza sobre las losetas heladas. No le permitía pronunciar palabra, ni siquiera para pedir perdón. Manuela se iba congelando poco a poco, desde los pies a la cabeza, y cuando pensaba que ya no podría soportado, la madre pronunciaba las palabras mágicas:

—César Cui, *Orientale*…

Siempre empezaba por esa pieza. Manuela se volvía a poner las medias y los zapatos, se frotaba las manos y corría a buscar su violín. Tocaba el Orientale en su particular estilo, sin dejar de mirar a la madre, que se acodaba en una ventana, de espaldas a la niña, y la escuchaba tensa, algo más que tensa, indefiniblemente rabiosa.

—Dvorák, *Danza eslava*… Paganini, *Cantabile*…

Así le iba pidiendo piezas, con la misma frialdad del cirujano que pide un bisturí. Manuela la obedecía y probablemente planeaba su venganza, todos los niños la planean. Vivían en Hamburgo, el padre portugués había sido marinero y cuando se cansó de navegar, compró un pequeño restaurante. La madre alemana, violinista también, pero de poca monta, la mortificaba con método, era una torturador a innata. Manuela, por supuesto, se convirtió en un monstruo, un animal de excepcional talento, de las más grandes solistas que escuché en mi vida.

A simple vista, no se le notaba nada, si acaso que era un poco retraída. Era en la intimidad cuando afloraba esa crueldad aprendida; ese dolor que se solidifica en la niñez y luego no se derrite ni con amor ni con venganza. Resultaba peligrosa, para ella misma y para los que tuvimos la mala fortuna de recostar la cabeza a su lado.

Poco agraciada de cara, con la nariz excesivamente larga y una boca de patito feroz, tenía los ojos chiquitos —son los ojos que por

lo general acompañan a esas narices larguiruchas— y un pelito como de tusa de maíz, paupérrimo y mal cuidado. Otro cantar era su cuerpo, las piernas de ciclista y un poquito de vientre, sólo un poquito, siempre he pensado que esa zona debe de ser mullida. Las caderas no eran alemanas, sino bastante portuguesas, y tenía un par de pechos muy lujosos, con los pezones rosados. Si no me hubiera gustado Manuela por ninguna otra cosa, ni siquiera por ser la extraordinaria violinista que era, me hubiera gustado por sus pechos, que parecían de adolescente —de robusta adolescente alemana— y despedían como un brillito. Probablemente se los habían manoseado poco; estoy seguro de que los hombres tendían a rechazarla.

Rebecca Cheng me habló en una ocasión de ese extremado agudo que se produce en la ópera china, imperceptible para el oído occidental. Del mismo modo, la maldad de Manuela podía resultar invisible para un alma menos entrenada que la mía. Engañó a mucha gente, pero no a mí. Si me decidí a vivir ese romance, a comer de su mano, a hundirme en su particular pantano, fue porque localicé en ella un ingrediente musical que no llegué a localizar en ninguna otra: Manuela Suggia tocaba con odio, con una despiadada forma de imponerse sobre el instrumento, sobre la música y sobre sí misma. Toda esa venganza que le prometió a la madre, y que tal vez no pudo desahogar —la mujer murió cuando la violinista tenía catorce años—, la volcó luego en su interpretación. Había un desprecio, un demonio íntimo que reclamaba muerte. Manuela sangraba las melodías, ese era el *quid* de su sonido trágico: las expoliaba hasta dejarlas secas.

Oyéndola, comprendí que no era cierto que el arte hay que ejercerlo siempre con amor. Manuela era una virtuosa completa, y su primera virtud era el desparpajo, el musical y el otro; su gran capacidad para aborrecer, y en lo posible, herir. El día en que me presenté para entrevistarla, me sonrió como un ángel. La vi fea, con su pelito escurrido y sus mejillas pálidas. Luego coincidimos en una cena, nuestras miradas se cruzaron un par de veces, ella buscó mis ojos y sentí que era el momento de atacar. La entrevista ya estaba hecha, así que le propuse hablar un rato sobre su formación musical; era una vil excusa, pero gracias a eso la pude acompañar hasta su hotel. Una vez allí, nos sentamos en el bar, ella pidió un

alexander, que es un cóctel antiguo, una bebida de viejas vampiresas. Yo pedí lo de siempre: whisky con hielo. Me habló de sus compositores favoritos y de sus maestros, y en algún momento salieron a relucir los castigos a que la sometía su madre. El invierno de Hamburgo suele ser muy invierno: aquella niña rubia, descalza frente a la ventana abierta, heló mi propio corazón.

La escuché en silencio, bebiendo mi trago y mirándola a los ojos. Vi un toque de perversidad en su manera de mover las manos, de apurar el alexander, de mentir sobre todo. Me pareció que mentía, tuve la sospecha de que alteraba fechas, nombres, sucesos sin importancia —al menos, sin importancia para mí—, y que lo hacía por el simple placer de engañarme. No tenía modo de comprobarlo, pero soy un viejo zorro. Lo fui desde los veinte años, y en ese momento tenía cuarenta, o poco más. Conservaba mi pelo oscuro y mi bigote intacto, no estaba mal. Por otra parte, me defendía bastante bien en portugués, y para impresionarla le propuse que utilizáramos ese idioma, en lugar del neutro inglés en que nos estábamos comunicando. Se estableció entre nosotros una atmósfera íntima, y luego de la segunda copa, el rostro de Manuela ya no me parecía desagradable. Le propuse acompañarla a la habitación; ella no contestó. Al poco rato se puso de pie, trató de sonreír, pero su crispación era evidente.

—Venga, si le parece.

Me pareció. Estaba hospedada en uno de los pisos más altos. Mientras subíamos, solos en el ascensor, traté de besarla. Ella retiró la boca, así que la besé en la mejilla, pasé mi mano por detrás de su cabeza y la atraje hacia mí. Fue una escaramuza torpe y fría, le pedí a Dios que me librara de quedar en ridículo. Ya en la habitación, Manuela me desconcertó. Sin haber cerrado la puerta, me empujó contra una pared y se me echó encima; nos estuvimos besando con pasión. De pronto se detuvo:

—¿Te duelen los testículos?

Fue como si me hubiese pateado justamente en ellos.

—No me duelen —le contesté—, ¿por qué habrían de dolerme?

—Siempre pregunto —dijo ella—, hace algún tiempo conocí a un hombre al que le dolía un testículo. Nuestra cita se arruinó por eso.

Me lo dijo riéndose y tuve una duda: me pregunté si no habría

sido un error subir a la habitación de esa lunática. Manuela cerró la puerta y se empezó a desvestir; al mismo tiempo trató de desvestirme a mí. Percibí una torpeza natural en ella, le temblaban las manos, pero sin duda había mucho teatro en su manera de moverse, de aparentar pudor. Las piernas de ciclista estaban unidas a unos poderosos muslos, de ciclista también, y más arriba entreví su trasero, que no sé cuánto le debía a la bicicleta. Antes de tocarlo supe que era musculoso y duro, un culito varonil que daban ganas de romper.

Mi papel, al principio, era del todo pasivo. Me acosté boca arriba y ella se abrazó a mis muslos, hundió la cabeza y empezó a bordar lo que iba a ser una mamada desigual, a ratos frenética, ya ratos dulcísima, casi infantil. No voy a negar que me atemoricé cuando la vi lamer mi sexo y hundirlo completamente en su boca. He leído sobre desquiciadas que clavan los dientes en el momento de mayor delirio. A Manuela la temía por eso, porque enseguida sospeché que no era una mujer muy cuerda. Ignoro si ella era consciente del miedo que me inspiraba. Tal vez lo intuía, como esos perros que por el olor suelen averiguar quién les teme y quién no.

—Avísame si te hago daño —susurró, levantando hipócritamente la cabeza; los alrededores de su boca estaban llenos de babas.

—Ven encima de mí —le ordené; me pareció que ya era tiempo de que le ordenara algo.

La cogí por los brazos y tiré de ella. Pero Manuela no se mostró muy dócil; continuó chupando con ese afán rabioso, todo lo tenía que hacer con rabia esa mujer. De pronto se incorporó, se puso de pie sobre la cama y me miró desde arriba. Pareció vacilar entre dejarse caer o empezar a saltar sobre mi pecho y mi vientre. De todo la creía capaz, hasta del más tierno imprevisto, que fue lo que finalmente hizo: se acuclilló poco a poco, con lujuria exquisita, y se hundió en mi sexo. Hasta ahí todo estuvo bien, pero a los pocos minutos se echó hacia delante y mordió mis tetillas; debo precisar que las masticó, fue una provocación brutal que me llevó a empujarla y lanzarme sobre ella. No habría más contemplaciones ni melindres: la penetré furiosamente y la inmovilicé agarrándole el cabello. Entonces me desquité: tomé en la boca sus pezones brillosos y decidí privarlos de su lustre. No soy capaz de masticar a una mujer, ni siquiera a una mujer como Manuela. La chupé y la

mordí con fuerza, la humillé escupiéndola, le escupí el pecho y le escupí la boca. Enseguida le di vuelta —ya ella estaba blandita— y le mordí la nuca; la penetré de nuevo, esta vez con tanta inquina que supuse que allí sí sangraría. A mi paso sentí un desgarrón, algo que no había sentido antes, ni siquiera en mis años juveniles, las tres o cuatro veces que me tocó desvirgar a una muchacha.

Esa noción de haber causado daño, de haberme abierto paso en carne nueva y producir dolor, me arrebató por dentro. Eyaculé casi sin darme cuenta, todavía seguía escupiendo sobre Manuela cuando mi sexo comenzó a ablandarse. Sentí algo viscoso y caliente en mi vientre; no tuve que mirar para saber que era su sangre. Me asusté y me arrepentí mil veces. Fue el primer arrepentimiento serio de los muchos que me iban a agobiar durante mi relampagueante relación con Manuela.

Ella respiraba con esfuerzo, y cada vez que expulsaba el aire, expulsaba también un gemido. Hizo ademán de darse vuelta, pero ni siquiera tenía fuerzas para deshacerse de mí. Entonces decidí apartarme y vi el reguero de sangre. Le susurré que tendríamos que ir a un médico. Ella negó con la cabeza, me dijo que había una sola cosa que la podía aliviar. Le aseguré que haría lo que me pidiera.

—Ven aquí —insinuó, señalando su boca; imaginé que quería que la besara. Pónmela aquí.

Caí en la cuenta de que no me estaba proponiendo un beso. Y me disponía a decirle que necesitaba unos minutos de reposo (otra vez temía que me mordiera), cuando ella levantó la voz:

—¡Oríname, pronto!

Miré las sábanas: manchas de sangre y porquería. Tuve un escrúpulo ridículo: mis orines atravesarían el colchón; las camareras del hotel tendrían que cambiarlo, harían toda clase de conjeturas. Me quedé unos segundos indeciso y Manuela esta vez lo escupió:

—Oríname, imbécil.

Estaba confundido, desarmado; por primera vez en mi vida me sentía frágil después de derramarme dentro de una mujer. Me coloqué a horcajadas sobre su cabeza. Sostuve con la mano mi sexo y apunté a su frente. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. No me salió una gota. Me concentré y pasaron los segundos, tal vez un eterno minuto, pujé para orinar, sólo tenía que orinar. Abrí los ojos y me di cuenta de que no podía.

—En mi boca —murmuró Manuela—, orina en mi boca.

Miré mi sexo decaído. Estaba cruzando una frontera y no estaba seguro de que deseara hacerlo. Pero ella me apremiaba, y yo sentí la crueldad de ese apremio.

—¿No sabes orinar, hijo de puta?

Empecé a hacerlo, me orinaba de miedo y de coraje. Primero salió un hilito vacilante, y luego un chorro en condiciones, todo el orín del mundo le dirigí a su boca, perra violinista mal nacida. Ella tragaba, pero algo del líquido se desbordó, se le metió por la nariz y le corrió por las comisuras. N o puedo recordar un minuto de mi vida que haya sido más sucio e insondable.

Cuando mi orín se terminó, me levanté atolondrado y me metí en el baño; fui directo a la ducha. Tenía todavía la preocupación de que Manuela continuara sangrando. Ha habido casos graves de invertidos que se desangran por causa de una mala cogida. Temí involucrarme en un escándalo de esa naturaleza, con una violinista famosa que nadie iba a creer que fuera tan depravada. Por eso me alegré de verla viva, o casi. Me estaba secando cuando ella apareció en el baño; trastabillaba un poco, pero tenía buen color. Le pregunté que cómo se sentía y se encogió de hombros. Le pregunté si ya no sangraba, y por toda respuesta se volvió de espaldas y me mostró el trasero. Me pareció tan vulgar su gesto que me arrepentí de estar allí y de haberme revolcado con ella; de haber unido mi piel a su contaminada piel. Puede decirse que con Manuela conocí sensaciones, inquinas, rechazos que nunca en mi vida había sentido. Nunca hasta ese entonces había lamentado la intimidad con una mujer. Lo lamenté allí mismo, mientras me secaba la espalda y Manuela se pavoneaba delante de mí, desnuda y sórdida.

Esa noche llegué a mi casa por instinto, como los borrachos. Mi mujer y mi hija ya se habían acostado. Me senté a la mesita de la cocina, me serví un vaso de leche y me entraron ganas de llorar. Me pregunté si acaso no era yo el verdadero herido; si en realidad no había sido mi carne la que había quedado desgarrada por el empuje de una fuerza sobrenatural. Me prometí no volver a ver a Manuela, ni siquiera pensaba asistir a su concierto. Antes de meterme en la cama, me di otro duchazo, me restregué la piel por segunda vez en esa noche.

A la mañana siguiente, tan pronto abrí los ojos, corrí al hotel.

Llamé a Manuela a su habitación y le pregunté si quería desayunar conmigo. Respondió: «Sube tú», y sentí un escalofrío. Subí y la encontré en bata; había dormido sobre las sábanas manchadas, flotaba un dulce olor a sangre por la habitación. Pidió desayuno para los dos y nos sentamos junto a la mesita del balcón. Yo tenía la boca amarga y el jugo de naranja no hizo más que acrecentarme ese sabor. Manuela empezó a hablar de otros músicos y me di cuenta de que contaba verdades a medias, y en general muchas mentiras. Antes de conocerla, había oído decir que como condición para tocar en ciertas plazas, ella exigía que jamás extendieran contratos a un par de violinistas que tenía en su lista negra. Sin el menor asomo de vergüenza, me hizo saber que formulaba exigencias similares a su casa disquera, no sólo con respecto a violinistas, sino también a chelistas o pianistas acompañantes que se habían ganado su enemistad. Se contraía cuando hablaba de ciertos músicos, nunca había visto semejante capacidad de rencor en ningún artista, y menos en una solista de su talento. Esa noche, hablándome de un director con el que había tenido un altercado, me confesó que hubiera sido capaz de golpearlo hasta dejarlo muerto.

—Pero la cárcel —añadió— siempre me ha dado miedo.

Manuela era como una piedra de violencia compacta, un agujero negro de maldad que me atraía hacia su campo, hacia sus nubes oscurecidas y circulares Nos acostamos después del desayuno, y puedo decir que todo fue normal y memorable. Luego me fui a mis clases y por la tarde volví a verla en el ensayo. Se conducía sosegadamente, le hablaba con dulzura al director, tenía una vocecita fina y utilizaba un inglés entrecortado, con un feroz acento alemán. Al final del ensayo, me pidió que fuéramos a caminar un rato, y la llevé hacia la parte antigua de la ciudad. Entró en una tienda de bisutería y quiso probarse un collar; con un gesto me indicó que se lo abrochara, y cuando estaba en esas, comentó que había decidido quedarse una semana más en la isla, que necesitaba descansar y pensaba que este era el lugar perfecto. A mí me temblaron las manos, las tenía apoyadas sobre su espalda mientras trataba de localizar el cierre.

—¿Te molesta que me quede?

Guardé silencio y sentí que ella pegaba un tirón del collar; ya no me permitió abrochárselo. Se dio vuelta para mirarme a los ojos:

—Quiero saber si te molesta.

La besé en la nariz, su nariz larguirucha que siempre estaba un poco fría. Le contesté con un acertijo:

—No me molesta, creo. Me aterroriza, pero no tanto.

Pagué por el collar y la tomé por la cintura para salir a la calle; parecíamos un par de turistas despistados y cómplices.

Después del concierto, quiso mudarse de hotel, cosa que me alegró. Le sugerí uno en la playa, más alejado de la ciudad y de mi entorno regular: mi casa, el periódico, el conservatorio. Me las arreglé para pasar un par de noches en ese hotel con ella. Manuela se notaba relajada; oía su vocecita y me inspiraba cosas. Cosas que nunca había sentido con respecto a ninguna mujer: repulsión, por ejemplo, y a la vez ternura; de madrugada, ganas de abrigarle los pies. Hicimos el amor con coraje, pero también con suavidad y muchos deseos de vivir. Manuela se esmeraba en conquistarme, aunque yo no me diera cuenta de momento; no lo supe hasta que fue muy tarde. Era domingo y el lunes tenía que regresar a mi rutina, sobre todo a mi casa. Pasamos la mayor parte del día en la playa, y por la noche, ella propuso que cenáramos en la habitación. Después de que nos bañáramos me arrastró a la cama. Ambos éramos conscientes de que el resto de la semana nos veríamos a picotazos, y que ya no tendría otra noche para dormir con ella.

Se sentó sobre las almohadas, apoyándose en el respaldar de la cama, abrió las piernas y me pidió que recostara mi cabeza en su vientre. La obedecí y ella empezó a acariciarme el cuello, el pecho, luego la cara. Cerrar los ojos y saber que eran sus dedos, capaces de grandiosidad infinita, los que me estaban tocando me provocó un júbilo vanidoso, un estado de euforia, la droga dura que es siempre para mí esa mezcla: la música con la lascivia. Tres noches atrás, Manuela había tocado el *Concierto en re* para violín de Beethoven. Recibió una ovación de diez minutos, todo el mundo la aplaudía de pie. Yo escribí luego que desde los tiempos de Fritz Kreisler no se escuchaba un *Concierto en re* con ese genio, ese abrumado ardor. Me vino a la cabeza un pasaje del segundo movimiento, algo que siempre me ha trastornado mucho. Ella se incorporó, se impulsó hacia delante y alcanzó mi sexo con su boca, quedando a la vez en posición de que yo besara intensamente el suyo. Afinqué mis manos en sus caderas y la obligué a apretarse contra mi boca: su sexo se

revolvió en mis labios y hurgué en él hasta que me dolió la lengua. Manuela, en pago, aceleró su caricia: sus labios subían y bajaban y yo sentía su devastador efecto, la furia de un deseo que rebotaba en mi cráneo, como una cuerda que rebota contra el mástil, un torrente de fieros *pizzicati* (al estilo Bartók), ¿no es ese el sueño de la música en la carne propia?

Enloquecí, no había remedio. Me arrodillé en la cama y la viré boca arriba para penetrarla.

—Todavía no —gritó.

Se levantó de un salto, fue al ropero y volvió con algo transparente que parecía un condón. Lo movió delante de mis ojos y comprendí que se trataba de un guante.

—Póntelo —me ordenó, con esa voz que había cambiado; le cambiaba cuando planeaba algún horror.

—¿Para qué me lo debo poner?

Yo ardía de deseo, pero también de miedo. Empecé a intuir algo distinto, una atrocidad que ni siquiera me atrevía a imaginar.

—Deja que te lo ponga yo.

La dejé. Era un guante muy ajustado, lubricado por fuera. Mi mano enguantada parecía más fina y recogida, casi femenina.

—Ahora, poquito a poco, junta bien estos cuatro dedos.

Ella acezaba, hablaba en un tono muy ronco, como esos poseídos que pierden su voz natural y hablan con la voz de algún demonio.

—Poquito a poco, verás que es muy fácil.

Se puso de pie, se inclinó sobre una mesa, y me ofreció sus nalgas. El pánico empezaba a ahogarme, me juré que nunca intentaría algo semejante. Me coloqué detrás de ella, enfilé mi sexo a través de sus nalgas. Pero nada más sentirme se volvió como una fiera.

—¡Quiero tu brazo!

Fue entonces cuando me abofeteó y yo retrocedí. Le susurré que no podía, que me dejara hacerlo a mi manera, con mi lustrosa verga, que se partía de ganas.

—Estos cuatro deditos primero —repitió lentamente, como si diera instrucciones para desactivar una bomba—. Luego el pulgar, así…, ¿quieres mirarme?

Recogió sus dedos e introdujo la mano en el aire, por un canal

invisible.

—Manuela…

Mi voz salió llorosa. Tenía ganas de arrodillarme, suplicarle que no me sometiera a esa maldita prueba.

—¿O prefieres que te lo haga a ti?

Podía salir de la habitación, claro que podía. Ponerme el pantalón apresuradamente y escapar con la camisa y los zapatos en la mano. Pero eso no estaba en mis planes. Yo era un hombre completo, siempre lo fui, nunca huí de una mujer y mucho menos de esta. No me lo hubiera perdonado entonces, ni me lo hubiera perdonado hoy, convertido en un jubilado caviloso, escribiendo esta historia que pudo terminar ahí, en ese ridículo momento, con mi mano enguantada vacilando frente al sublime y muy redondo culo de Manuela.

—No te vas a arrepentir —sollozó, o habló como si sollozara—. Es una sensación…, como si dominaras mis tripas.

Como si poseyera su temperamento, pensé, pero poseerlo en serio. No como con las otras, sino en lo profundo, en lo más íntimo, en el origen de la sangre y la perplejidad.

Cerré los ojos. Tenía que decidirme en un segundo. Yo también tenía temperamento. Y lo tenía muy dentro, intacto todavía. Manuela rugió:

—¡Rómpeme de una vez!

—*First fucking* —exclamó Sebastián; estaba pálido y lo notaba tenso—. ¿Es que no conociste violinistas normales?

—Seguramente —le dije—. Pero esas no quisieron acostarse conmigo.

Me devolvió los folios donde narraba la primera parte de mi historia con Manuela. Sospeché que había sudado leyéndolos; los bordes de las páginas se veían ajados, como si las hubieran tomado con las manos húmedas.

—¿Y qué hubo luego?

—Voy a escribirlo —aseguré—. Pero necesito una pausa. Esto es demasiado fuerte.

No eran ni las diez de la mañana, ambos habíamos coincidido muy temprano y la redacción estaba en silencio. Sebastián me invitó a la cafetería.

—Te tomas un café, te espabilas un poco y luego escribes la historia del violinista.

No lo capté enseguida. Mi mente estaba en otro lugar; bastaba con que mencionara el nombre de Manuela para que algo en mí se distanciara, huyera, volara lejos.

—La del violista violado —precisó Sebastián—. El que llamó a su mujer desde la cama.

Se abrieron las puertas del ascensor y por un instante recuperé la imagen de aquel músico. Cierto, cierto, el violista… Altísimo y limpio, vistiendo calzoncillos de lunares y unas medias oscuras —nunca logré que se quitara aquellas medias—, e interpretando para mí *Harold en Italie*, esa boscosa pieza de Berlioz. Cuando terminó, le acaricié la espalda. Era un flaco con la piel lozana, y también tenía unos brazos largos que parecían que iban a darme vuelta. Por esa época, su único tema de conversación era la viola que quería comprar, una Stainer que había pertenecido a Hindemith. Tenía un

amigo que era amigo de un pariente de Hindemith. Había logrado reunir casi todo el dinero.

—Henri Kaestler —susurré, saboreando la expectación de Sebastián—. Era de Minnesota.

—Pues escribe sobre él —dijo en ese tono, que era un tono rijoso —. Así descansas de esa cabrona diabla.

Sebastián se acomodó en una de las mesas mientras yo iba a buscar café para ambos. Ibsen, la redactora de Sociales, esperaba para pagar delante de mí. Llevaba una bandejita con frutas yagua mineral. Miré sus tetas, carnosas y desenfrenadas, y pensé que no había modo de construir semejantes barcarolas comiendo simplemente kiwis y platanitos niños. Ella me sorprendió en pleno deleite.

—Don Agustín, ¿y usted no iba a viajar?

Si tan sólo hubiera tocado un poquito el piano, pensé. Si a su mamá, que le puso ese nombre de muñeca, se le hubiera ocurrido mandarla a coger clases de violín, o de flauta… Con qué gusto me habría encamado con ella; con qué placer habría estrujado la pulpa de los kiwis sobre su barriguita y entre sus piernas, para luego nutrirme de la crema verde que le anegaba el clítoris.

—Estoy terminando un trabajo que tenía pendiente —respondí serio, pero la voz me había salido un tanto cavernosa.

—Lo de sus memorias.

—Más o menos.

Volví a la mesa con Sebastián. Me imaginé que iba a protestar porque el café estaba muy claro, o muy oscuro. Era un huevón que no se conformaba nunca.

—¿Qué quería esa idiota?

—Tonterías —le dije—, me sorprendió mirándole las tetas.

Sebastián probó su café; pareció satisfecho, noté que había amainado un poco su tensión.

—Y entonces, ¿vas a escribir lo del violista?

—Kaestler —alcé la voz, me gustaba hacerlo sufrir—. De padres austriacos, buen chico, tenía talento.

Llegaron otros jubilados, gente que también se aferraba a ese reducto de normalidad. Estando en la cafetería, era posible hacerse la ilusión de que aún nos esperaban arriba.

—Y la esposa probablemente también era una buena chica —

añadí—. Sólo tenía un defecto: no mamaba ni se dejaba mamar. En Minnesota hay cosas que no están bien vistas.

Sebastián volvió a masticar en seco, con ese gesto de pura senectud que me irritaba tanto. En el fondo, tal vez, me daba miedo que de un momento a otro yo también comenzara a masticar así.

—¿Te lo contó él?

—Claro. Esas confidencias nunca se le hacen a una mujer. Se le hacen a otros hombres, a los amigos. Kaestler y yo fuimos un poco amigos, pero a última hora se me encogió, se convirtió en un montoncito de mierda: llamó a Kathy, su linda esposa se llamaba Kathy.

—Eres un tipo decente —murmuró Sebastián—. En tu lugar, yo le hubiera hecho tragar el teléfono.

—Ya había tragado suficiente —solté sin querer, y Sebastián tuvo un ligero sobresalto: una sonrisa mística le iluminó la cara.

—Agustincito, ¿por qué siempre tienes que hacerte de rogar? Ponte a escribir, carajo, soy capaz de hablar con Ibsen para que te dé un masaje en los riñones. ¿Sabes que está aprendiendo a dar masajes? En los pies, sobre todo.

Ibsen, inocente tetona, devoraba sus frutas en una mesa cercana. La miré con resignación: ya era tarde para mí en muchos sentidos. Pero lo de los pies me recordó a Clarissa Berdsley. Tenía, esa trompista, los pies más pequeños que le vi jamás a una virtuosa, algo que iba en proporción directa con la sagaz mariposita de su bajo vientre: un sexo fragante, diminuto y profundo, como el de todas las mujeres que se dedican a los metales, exceptuando quizá las trompetistas. Poquísimas, pero abusivas.

—Ni siquiera los masajes… —dije de pronto, y enseguida interrumpí una frase de la que fácilmente me iba a arrepentir.

—Ya que no quieres dedicarle ni un minuto al violista —musitó Sebastián—, haz el favor de terminar con la historia de esa cochina bruja. No he conocido a nadie…

Se interrumpió también. El arrepentimiento es un incordio singular. Sebastián no había conocido a una sola persona que hubiera practicado lo que él sólo había visto en las revistas y en los vídeos trucados. Pero yo estaba allí, superviviente del exterminio, tomando mi café como si nunca hubiera ofrecido un brazo, mis cinco dedos enguantados, mi voluntad de ver desvanecerse a una

mujer.

—Una arpista —recordé de pronto—, hubo una famosa arpista que se desvaneció en la nieve. Mira qué casualidad, era también de Minnesota, como Kaestler.

Sebastián me miró a los ojos; era una mirada llena de compasión. Me di cuenta de que me entendía.

—Se llamaba Lagerwall, Marjorie Lagerwall. Pidió auxilio y nadie la oyó. Como las arpistas hablan tan bajito…

—Valor, hermano.

—Murió congelada. Y yo escribí un artículo sobre ella. Dije que mientras agonizaba seguramente le pareció escuchar esa pieza de Gail Barber, *Harp of the western wind*. Si uno se va a congelar, mejor que sea con esa música.

—Escríbelo de una vez —sugirió Sebastián—. Termina con la tal Manuela.

—Primero lo de Clarissa Berdsley —resistí, tenía que resistir a pesar de todo.

—Como quieras —respondió Sebastián—. Te apoyo aunque no me lo cuentes nunca.

Ibsen, desabrigada reina de los fiordos, pasó en ese instante junto a nosotros Una gotita verde le bajaba por la comisura. Era el néctar del kiwi, un líquido podrido de lujuria.

Virginia

Pero por encima de Manuela y de Clarissa Berdsley, y de cualquier otra aventura con hombre o con mujer, mi pasión por Virginia Tuten no estaba terminada, y por lo tanto no podía abandonarla allí, en el momento en que ella vuelve a ponerse de pie junto a la ventana e interpreta el Valse triste, del loco Nerval. Esa fue la melodía que tocaron los músicos de su orquesta, en Praga, cuando supieron que Nerval, en lugar de dirigirse al podio, se dirigió a una ventana y desde allí se precipitó a un va/se eterno, más muerto que triste.

Era curioso que Virginia la tocara para mí, mirando sospechosamente hacia el vacío. La mayoría de los solistas, no sé muy bien por qué, tienen una enfermiza fijación con las ventanas. Acaso eso se deba a que se pasan la vida practicando junto a ellas, contemplando el paisaje, ambicionando el mundo que reverbera afuera, mientras vuelven una y otra vez sobre la misma pieza.

En un principio, pensaba quedarme en Nueva York por dos o tres semanas. Al final, tan sólo estuve ocho días. Virginia me visitaba en el hotel, pasaba las tardes conmigo, siempre que no tuviera ensayo. Durante ese tiempo, también la visité en su apartamento. Nunca me invitó a que me alojara allí, pero me dio una llave y yo iba a verla temprano, por la mañana. Entraba sin hacer ruido, me dirigía a su alcoba y la despertaba dulcemente; luego la poseía sin especial dulzura, pero con rigor, con ciencia: hasta el último momento creí que lo estaba haciendo con sabiduría. Empleé mis mejores armas, todas las que conocía. Por primera vez (y apuesto a que por última en toda mi vida), tuve la fantasía de abandonar a mi esposa y empezar de nuevo junto a otra mujer. Esa mujer era Virginia, aunque a ella, probablemente, la posibilidad de convivir conmigo no le pasó jamás por la cabeza.

Cuando llegué a Nueva York, me la encontré reconciliada con su

secretaria. La desapacible Wendolyn la controlaba día y noche, organizaba sus prácticas y ensayos, se encargaba de su ropa y la reprendía si la hallaba comiendo chocolates. Casi siempre se comportaba como una esposa abnegada que está decidida a ignorar breves devaneos callejeros, y yo, para ella, no era otra cosa que un simple advenedizo de la calle. Por las mañanas, cuando coincidía conmigo en el apartamento y me veía sentado a la mesa, con la camisa abierta, bebiendo café, su rostro se contraía. Aun así, nunca dejaba de sonreír, de preguntar: «*How do you do, mister Cabán*?» y de inmediato se ocupaba de sus asuntos con Virginia.

Una noche incluí a Wendolyn en una invitación para cenar. Iríamos los tres y lo hice adrede. Quería que nos tuviera cerca; que nos asumiera en ese plano íntimo y reconociera mi superioridad. Aquella mujer me retaba a diario, Virginia no podía evitarlo, y comprendí que había llegado la hora de enfrentarme a ella; de medirnos como se miden los animales de la selva: frente a la presa, que es la angustiada carne.

Fuimos a un restaurante chino. Virginia adoraba los fideos guisados con nueces, y su entusiasmo al escuchar el nombre del restaurante —no lo supo hasta que me oyó decírselo el taxista— fue prácticamente el de una niña. Palmoteó de contento, un palmoteo un poco ridículo en una mulata de sus proporciones, y su secretaria le dedicó una miradita irónica.

En el asiento trasero de ese taxi, camino al restaurante, eché el brazo por encima de Virginia y la atraje hacia mí. La pasión por ella también me hacía incurrir en alardes pueriles: la besé ruidosamente, acaricié sus caderas, y en una de esas extendí mi mano, por encima de su hombro, con la intención de alcanzar sus pechos. Wendolyn, sentada al lado de Virginia, se puso a mirar por la ventanilla. Era una vieja zorra y sabía que mi actitud era deliberada. De los besos más o menos controlados, pasé a otras ciencias exactas: introduje mi lengua en su boca y con la punta le froté los dientes, alcancé sus muelas, quise seguir por el camino a la garganta, me propuse asfixiada. Virginia, como era tan silvestre, me siguió el jueguito y despidió un mugido: su boca repleta no pudo producir un sonido mejor. Yo hice más: deslicé una mano por dentro de su escote y con la otra le acaricié los muslos. Estaba atento a la reacción de su secretaria, que continuaba mirando por la ventanilla. Me irritó esa

indiferencia, por fingida y burlona, y decidí machacada. Con esfuerzo, echándome casi sobre Virginia, metí la mano por debajo de su falda y la obligué a abrirse un poquito. El ruido que hacía mi boca chupando su boca tuvo que debilitar a la leona deseosa, que abandonó el paisaje y se atrevió a mirarnos. Virginia se movía suavemente, disimulando el ritmo; tenía una mano puesta sobre mi rodilla, pero en una de esas descubrí que su otra mano, tratando de buscar un asidero, se había desmadejado sobre la falda de su secretaria, quien no perdió oportunidad para empezar a acariciarle el antebrazo.

La mordí en el cuello por venganza; le lamí las mejillas por amor, y por último, cuando presentí que estaba a punto de quemarse viva, le hundí mis dedos por instinto. Ella elevó un poquito el vientre, trató de contener un reverendo espasmo y ahogó un quejido. Luego se desplomó, su cabeza cayó primero hacia atrás y luego se fue de lado. Hacia el lado de Wendolyn, naturalmente.

Un minuto más tarde, el taxista se detuvo frente al restaurante. Nos bajamos con una sensación de agotamiento, en mi caso también de frustración. Sentí una especie de agobio, se esfumó la ilusión por la comida y tuve la certeza de que algo, o alguien, me estaba excluyendo del panorama. Yo estaba y no estaba. Veía a Virginia devorar sus fideos humeantes, y observaba de reojo a su secretaria, que era la única que había decidido comer con palitos. Era ella, yeso lo veo claramente ahora, la que me estaba demostrando su superioridad. Mi amor por Virginia, y si no amor, esa violenta vocación de rescatada, me había cegado por completo.

La cena fue un infausto desfile de actitudes: la mía, sin yo saberlo, derrotada; la de Wendolyn, obviamente, de voraz victoria. Y la de Virginia, ¿puedo decido ya?, de estupidez. Su vida, en ese instante, se remitía a la felicidad de unos fideos. Tal vez se trate de una condición inherente al virtuosismo, me refiero a esa manera de reaccionar con imbecilidad absoluta frente a situaciones de gran complejidad o tensión, ajenas por completo a la música. Lo cierto es que, bajo la cruel semipenumbra de aquellos farolitos chinos, Virginia se empequeñecía —y me empequeñecía—, se iba desdibujando como un fantasma al que se le acabó la cuerda, o la gracia de Dios.

Después de que terminara la cena, volvimos a coger un taxi. Ya

no hubo alardes eróticos, ni besos ruidosos entre Virginia y yo. Tan sólo gélida conversación, el remolino que te descompone. Yo, en especial, me sentía hecho pedazos, estaba muerto de sueño. Y el sueño me impedía meditar, valorar la situación en su totalidad: la ida y la vuelta al restaurante chino, que había sido como la ida y la vuelta a otro país de insoportable claridad.

Dejé a las dos mujeres al pie del edifico donde vivía Virginia. La besé prometiéndole que la vería temprano al día siguiente. La secretaria y yo nos despedimos sin besamos y sin estrecharnos la mano. Su actitud era más desafiante que nunca, y cuando partí en el mismo taxi hacia mi hotel, sentí un ardor en el pecho y la cara, y una punzada en lo profundo de mi cráneo. Era el aldabonazo de una historia que se terminaba. Pero aún no lo quería admitir.

Dormí poco y mal. Soñé con mi madre, que había muerto siendo yo adolescente. Y soñé con mi padre, un flautista aficionado cuyo verdadero oficio era diseñar vías de ferrocarril. Era ingeniero de caminos, pero amaba la música como al único tren posible en una vida rutinaria y doliente, y a partir de la muerte de mi madre, una vida por completo mustia, sin la menor caricia de mujer.

No puede decirse que me desperté. Más bien, salí de ese sopor en el que había pasado gran parte de la noche. Miré la hora: las seis de la mañana. Me bañé y me vestí con calma. Estábamos en otoño, hacía frío en Nueva York. Bajé abrigado y caminé un buen rato. La ciudad se estaba despertando también, y yo quería meditar en lo que haría con respecto a Virginia. Luego vi venir un taxi y lo detuve. Tenía las llaves del apartamento en mi bolsillo, y con ellas en la mano decidí que nuestra situación tenía que definirse aquel mismo día.

Me saludó el portero de noche, que aún estaba esperando su relevo. Subí al duodécimo piso, abrí la puerta con la misma delicadeza con que la abría cada mañana, caminé en puntillas a través de la sala y entré en la habitación. Virginia estaba dormida, ¿qué otra cosa podía esperar?, cubierta por las sábanas. Era Wendolyn, sin embargo, la que reposaba medio desnuda y destapada, a riesgo de pescar un resfriado; tenía las piernas abiertas y uno de sus brazos se había medio enroscado en la cintura de Virginia. Me quedé contemplando la escena con una mezcla de repugnancia e infantil deseo. Me sentí como un niño, o como un

adolescente que acecha sudoroso, boquiabierto, esperando el milagro. Hice un pequeño ruido y creo que Wendolyn abrió los ojos, pero no estoy seguro. Sólo sé que me di vuelta y entorné la puerta. Fui a la cocina y traté de preparar café. Me temblaban las manos, era la primera vez que me temblaban por culpa de una mujer.

En una situación así, un hombre puede reaccionar de mil maneras. Con otra que no fuera Virginia, hubiera murmurado un insulto y me hubiera largado. En el mejor de los casos, me habría metido también en la cama y las hubiera abofeteado a ambas, hablo de abofeteadas levemente para luego lamer el lugar del castigo. Pero en esta ocasión ni siquiera atinaba a poner el café, echar el agua, oprimir el botón de la cafetera, cosas sencillas en las que solía colaborar desde que desayunaba con Virginia.

Iba a dejado cuando vi entrar a Wendolyn. Se presentó en ropa interior, y aunque estaba aturdido por mi situación, no lo estaba tanto como para no darme cuenta de que era menos gruesa que Virginia, indescriptiblemente blanca, y en general bien hecha. También tenía unos pechos enormes y temblones, y me estuve preguntando —en ese instante y mucho después— qué clase de duelo se entablaba entre las dos mujeres cuando se agarraban de frente, se revolcaban sin resuello, y dejaban el pellejo entre las sábanas, batiéndose torso con torso.

—No quisiera despertar a Virginia —dijo Wendolyn, en un tono alejado de arrogancias y provocaciones; era consciente de que había ganado y ni siquiera tenía que demostrármelo—. Hoy le espera un día muy duro.

Estaba descalza, caminó hacia mí y descubrí que olía a Virginia.

—Permítame —me dijo, haciéndose cargo de la cafetera.

Me quedé allí, observándola, pero sobre todo olfateando aquella espalda pegajosa. No necesitaba tocarla para saber que su carne venía de vuelta de una gran batalla. Había saliva y sudor por toda su piel, y una abundante mezcla de los líquidos de ambas, que recogidos insistentemente por los dedos, habían viajado a través de otros mundos: el cabello, las mejillas, el cuello… Miserables cuellos que se reconocían.

Cerré los ojos, me acerqué por detrás a Wendolyn, olí de nuevo a Virginia, ahora con una intensidad que no me dejó otra salida. La abracé por la cintura y la sentí agitarse, no con mucha convicción,

la verdad, no dijo ni siquiera no. No dijo una palabra.

Le di vuelta, quedó frente a mí y le besé los senos, se los acaricié con furia y me hizo el efecto de estar apagando un antiquísimo incendio. Al mismo tiempo, me empecé a desabrochar el pantalón, y cuando lo creí aconsejable, puse mi mano sobre su cabeza y la empujé hacia abajo. Ella se deslizó sin protestar y yo enredé mis dedos en su pelo. Era una maga, una cerda ambidextra, se le daba igual de bien con hombres que con mujeres.

Poco después la tiré al suelo. Ella cayó boca arriba, pero yo tenía otros planes.

—Date vuelta —jadeé.

Obedeció, desde luego. Se le daba también eso de obedecer la voz del amo. Se apoyó en sus manos y rodillas, a cuatro patas, el rostro humillado contra el suelo. La contemplé unos instantes y luego cargué contra ella; lo hice de modo que sintiera todo el coraje y el despecho. Yo estaba despechado, y mi sexo también lo estaba. No hay nada que taladre con mayor dolor, nada que hiera con tamaña fuerza.

Ella gritó y eso me satisfizo. La segunda embestida fue terrible y apuesto a que sintió que se quebraba su desacostumbrado cuerpo. Luego se me olvidó el despecho y la rabia, se me olvidó incluso Virginia y me entregué al deleite.

Al terminar, ella se derrumbó. Parecía una moribunda, se quejaba y balbuceaba súplicas. Yo terminé de hacer el café, me serví una taza y me vestí despacio. Sin despedirme, pegué un portazo y busqué desesperadamente la calle.

Era temprano todavía y estaba nublado en Nueva York. No me sentía ni contento ni triste, pero necesitaba caminar. Me acordé, no sé muy bien por qué, de una canción que mi padre solía ponerme cuando yo era niño. Se trataba del disco de un cantante español, y la melodía era muy clásica, talmente como un *lied* de Schumann, aunque en realidad la había compuesto Rimski–Kórsakov. Al doblar por el Gramercy Park me pareció escucharla nuevamente y hasta canturreé un trocito: «¿Qué vale para ti mi pobre corazón?».

Tardé varios meses en comprender lo que valía ese descubrimiento. Y mucho tiempo más, acaso años, en aniquilar el corazón de entonces.

Clarissa

Tocar la trompa es como cometer felatio.

Veo al músico, hombre o mujer, rodear el instrumento con sus brazos, aplicar los dedos a las llaves —el pulgar de la mano izquierda, por ejemplo, que se mueve sin ningún pudor— y oprimir sus labios contra la boquilla. Observo entonces su expresión, los ojos semicerrados y los carrillos tensos, y otra imagen sin querer se superpone: lo veo tocar la trompa, sí, pero también lo veo lamer, chupar, enardecer otras rosadas llaves, singularmente tibias.

Me sucedió cuando conocí a Clarissa Berdsley. El primer día que la vi, ella esperaba en el área de los camerinos para hacer una audición con la orquesta. Era rubia, se hacía una trenza atrás y llevaba un vestido de florecitas. Practicaba sin mirar a nadie, concentrada en la música, bastante erguida. Pero a mí esas cosas, lo de la espalda erguida y la concentración, nunca me engañan. Allí había un fuego, cómo que no, unas manitas que eran capaces de volver sobre sus pasos y desafiar torres más altas, o aún más gordas. Le vi muchas posibilidades como mujer —cuando digo mujer, digo implacable mamadora—, y lo más importante, le vi la entrada de los senos y sentí una especie de gusanito bajo el esternón, esa señal que siempre me sugiere que estoy a las puertas de un enamoramiento.

Intuir la forma de esos senos, y verla al mismo tiempo tan entregada a su instrumento, me pareció una redundancia erótica. Practicaba un fragmento de una pieza de Strauss, y esperé a que terminara para presentarme, anunciarle que pensaba escribir una nota sobre la audición, y de paso ponerme a sus órdenes.

Hablaba un español defectuoso, pero en ese idioma me dejó saber que la competencia era muy fuerte, y que los demás trompistas que iban a la audición le parecían muy buenos. Coloqué paternalmente mi mano sobre su mano —rocé la trompa, y el roce

me erizó la piel— y le dije que tenía el presentimiento de que ella era la mejor.

Es increíble lo cándidas que pueden llegar a ser algunas virtuosas. Sobre todo cuando han nacido en un pueblito que se llama Menomonie y está en Wisconsin. Sé lo que son esos pueblitos: remotos agujeros primorosos, donde las niñas, desde muy pequeñas, ayudan a sus madres a preparar la conserva de fruta. El espectáculo puede tornarse amargo, sobre todo porque en ese trasiego de hervir los frascos, verter la zarzamora, cerrar con fuerza y aguardar la nieve, ocurren ciertos imprevistos: el padre, por ejemplo, abandona a la madre; la madre, si es joven y aún tiene buen ver, sufre los primeros meses, pero luego se consuela con un granjero viudo. La niña, a pesar de haber ayudado con la conserva, tendrá que mudarse una temporadita con su abuela —la madre estará ocupada con la llegada de un nuevo niño, hijo del granjero viudo—, y la abuela, para que la pequeña no dé mucha guerra, la matricula en una escuela de música.

Clarissa empezó a estudiar oboe. Y a los dos años, por influencia de uno de sus profesores, quien posteriormente logró seducirla, y en consecuencia arrebatarle su preciado virgo (todo han de contarlo las bellas de Menomonie), se pasó a la trompa. Por la época en que la conocí, me confesó que practicaba unas ocho horas al día. Vivía sola —detalle que hizo aletear mi corazón, si bien algo de ese ale te o corrió directo hacia mi bajo vientre— y llevaba dos meses en San Juan, practicando el idioma y soñando con obtener la silla de trompista principal, que quedaría vacante en el mes de septiembre. Nada deseaba tanto como vivir cerca del mar, me dijo y se ruborizó.

La vida me ha enseñado que el amor propio no se arriesga nunca, a menos que al final haya una recompensa en forma de mujer, algo caliente y placentero. Lo medité un instante, y decidí asistir a la audición.

—Estoy seguro de que la semana que viene la veré ocupando esa silla —le susurré; me había inclinado un poco para hablarle—. ¿A quién deberé anunciar como nueva trompista principal?

No sólo era cándida, sino un poquito lerda. Tardó en reaccionar y me miró turbada. De pronto me extendió la mano.

—Soy Clarissa Berdsley.

Antes de alejarme para escuchar a los demás candidatos, rematé

con la frase que había estado cocinando a fuego lento:

—Ya lo celebraremos luego.

Sonrió y me di cuenta de que tenía unos dientes parejos, blanquísimos. La imaginé mordiendo un tallo de apio, o masticando zanahoria cruda; una boquita saludable y virgen, libre de gérmenes, pero pidiendo fuego. Ahora debía rogarle a Dios que la escogieran; no sé si Dios conocía de mis urgencias, o si estaba dispuesto a convertirse en cómplice de ese embeleco sinfónico–sexual. Cuando Clarissa salió a escena para hacer su prueba, me reafirmé en todos mis planes. La encontré sublime, y aposté a que su piel tenía un aroma rústico, mezcla del olor de la leche recién ordeñada con el vaho del pasto donde fornican los mapaches: en suma, el tufillo del campo de Wisconsin. Pensé que si alguna vez lograba tenerla en una cama, desnuda entre los almohadones, tocando para mí la trompa, me moriría de furia, de ganas de derramarme cien veces dentro de su rubio y muy caliente sexo, y de lamerle lo inlamible, desde la punta del alma hasta el lugar más púrpura e inalcanzable de su vagina. El púrpura profundo, que es la conquista fundamental de un hombre. Eso, y la música, el verdadero sentido de la vida.

Dos semanas más tarde, en un pequeño restaurante que quedaba cerca del teatro, Clarissa y yo celebrábamos su nombramiento como trompista principal. El director, impresionado por su virtuosismo (¿y cómo no habría de estarlo?), le propuso un concierto como solista. Ella pidió mi opinión sobre el programa, pero el dilema se limitaba a la elección entre dos obras: la Sonata de Dukas, o la Sonata de Hindemith. La escuché sin decir palabra y cuando pedimos los postres, tan sólo entonces, me atreví a contradecirla.

—Tiene que ser Mozart —le dije, falseando un poco la voz, en un tono insoportable para mí mismo, pero sin duda irresistible para ella—o Todo empieza con Mozart.

Puso una expresión de niña que es sorprendida metiendo el dedo en los tarros de fruta. Finalmente me guiñó un ojo:

—Que sea el *Concierto para trompa en re mayor*.

Respondí:

—Que sea.

Un par de horas más tarde, fuimos a su apartamento. Estábamos en mi automóvil y de repente la oí reír.

—Vas a conocer a mi *roommate* —dijo con picardía; se había

echado la trenza hacia un lado.

—Déjame adivinar… ¿Ladra, o maúlla?

—Nada de eso —susurró—, de vez en cuando chilla.

—Un cachorrito, entonces.

No dijo más. Llegamos al apartamento, encendió la luz y me pidió que me sentara. Me explicó que antes de venir a San Juan había vivido varios años en Florida. Allí enseñaba trompa, y viajaba los fines de semana para trabajar como suplente con algunas orquestas. El poco tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a caminar por el campo, y a veces exploraba cuevas.

Sentí un aguijonazo interior, nada importante, sólo que desconfío de esas aficiones marginales. La música es un absoluto que no admite apenas distracciones. Mezclarla con ropa de fatiga y botas, y con esos cascos provistos de linternas que se utilizan para alumbrar estalactitas, me pareció un oprobio.

—En una de esas cuevas encontré un murciélago.

Ahí se detuvo. Ahí sentí que me paralizaba. La miré, necesitaba mirarla y escuchar el resto.

—Era recién nacido y cayó del techo. Pudo morirse, pero lo rescaté y lo estuve alimentando. Ahora es como un perrito.

«Ahora es como un desastre», pensé tragando un pequeñito buche de rencor. Desde muy joven, había tenido claro que sería capaz de cualquier hazaña con tal de acostarme con una virtuosa. Pero en la idea general de esas hazañas —broncas con maridos burlados, denuncias de madres histriónicas, viajes tormentosos en avión o en barco, puñaladas traperas y posibles divorcios—, jamás pensé en la posibilidad de acariciar a un ratón.

—¿No te gustaría conocerlo?

Abrí los brazos, me encogí de hombros, traté de imaginarme la cabeza del bicho, su pelambre húmeda, las alas batiéndose y el olor del aire que desplazaba.

—Me muero por echarle un vistazo.

Se levantó y fue a su habitación, y en un minuto volvió a la sala con algo oscuro entre las manos. Noté que era bastante más pequeño de lo que imaginaba. Eso me tranquilizó.

—Se llama *Cumba* —dijo Clarissa y lo miró con ese amor de madre.

—¿No muerde? —pregunté y al mismo tiempo adelanté la mano;

más bien, adelanté el dedo índice y señalé la cabecita del monstruo.

—Más muerdo yo —respondió ella.

Había cambiado de disposición. Su talante pudoroso se transformó a causa del murciélago. Se lo achaqué al murciélago porque a mí me había pasado igual: de repente mi pasión fue tanta, tan retorcida y voraginosa, que me sentí capaz de todo, de besar al bicho y de chuparla brutalmente a ella, convertido yo mismo en el peor de los vampiros, necesitado urgentemente de su sangre. Extraña trompista la que me había tocado en suerte, y fiero combate el que me deparaba el demonio.

Me quité la chaqueta en lo que ella se alejaba para guardar a *Cumba*. Regresó deshaciéndose la trenza, y me pregunté si se daba cuenta de la connotación que tenía ese gesto. Me brindó una cerveza —dijo que no tenía otra bebida más fuerte— y acepté porque la cercanía del animal me había dejado un mal sabor de boca. Ella bebió agua, únicamente agua, y al principio hablamos de música. La invité a un concierto el sábado siguiente, el de un cuarteto de cuerdas que iba tocar música de Beethoven. Clarissa estaba sentada frente a mí, con el cabello suelto —aunque aún se le notaban las huellas de la trenza, unas ondulaciones de pelo de sirena—, las rodillas ligeramente abiertas, mirándome con lo que yo entendí era una auténtica fascinación. Traté de captar algún detalle debajo de la falda —quería saber si llevaba ropa interior—, pero no podía desviar demasiado la vista. Disimulé hablando de los cuartetos de Beethoven, de los *opus* de la etapa juvenil, ¿no le parecía que esa influencia que la gente atribuía a Haydn, en el fondo provenía de Mozart? Clarissa asentía, pero no sé en verdad cuánto escuchaba.

—Beethoven puro —suspiré al final, redondeando no sé qué estrafalaria idea acerca de que aquel cuarteto era el mejor del mundo—. Sin estridencia s ni florituras.

Dije esto y me sentí súbitamente empalagoso y vil. Pegué un respingo en el sofá y musité que era hora de irme. Fueron las palabras mágicas. Yo no me había puesto aún de pie, pero ella lo hizo y vino a sentarse a mi lado. Preguntó si no deseaba otra cerveza. Me quedé mirándola: ¿era o no era la hora del abordaje? Dirigí mi mano a su cabello, jugué un poquito con sus mechones rubios, no dije nada, no dijimos nada. Tirando de esos mechones, la

atraje hacia mí y la besé. Enseguida busqué su olor, en el cuello y en el pecho. No era el de la leche fresca mezclado con la hierba recién podada en el otoño de Wisconsin. En realidad su olor era un perfume, no sé cuál, uno sabroso. Pero eso también dejó de importarme cuando le desabotoné la blusa y extraje uno de sus pechos, el izquierdo, según creo recordar.

Se lo chupé unos instantes y luego le saqué el otro, mientras metía mi mano bajo su falda. Tal como me imaginé, no llevaba ropa interior, y por lo tanto su humedad le empapaba los muslos. Me trastornó saber que todo ese tiempo que estuvimos hablando de la *Grosse fuge*, ella sólo había podido pensar en una *Grosse* clavada. Me volví loco y tiré de su falda, la desgarré de arriba abajo. Hay dos momentos en la vida de una mujer que laceran su mente como dos quemaduras: uno es precisamente cuando un hombre le rompe alguna prenda encima; el otro es ese punto de miedo cegador cuando la viran por primera vez de espalda. Con los años me he dado cuenta de que esos episodios se quedan rondándolas, y vuelven a veces sobre ellas, obligándolas a buscar alivio. No tenía idea de cuánto podía durar mi relación con Clarissa, pero quería que me recordara por mucho tiempo; que le sudaran las manos cuando me viera llegar a los ensayos, y que le entraran ganas de apretar los muslos y humedecerse los labios. Por eso, antes de llevada a la cama, me deslicé hacia el suelo y me arrodillé frente al sofá. Ella levantó las piernas y las enganchó por encima de mis hombros. Le sonreí y me incliné como si fuera a mirarme en las aguas de un lago, hundí mi rostro, saqué la lengua que era mi periscopio y recorrí el apenumbrado fondo. Clarissa gemía, se pellizcaba los pechos y sobre todo me llamaba. Quería castigo la insensata de Menomonie. Me levanté y nos fuimos a la cama.

La habitación estaba en penumbras. Yo me tumbé de espaldas y ella vino sobre mí: se desvivió por mi sexo, apretó los labios contra la gruesa boquilla de mi corno encantado, que estaba a punto de saltar de dicha. En su manera de chupar, de mover delicadamente los brazos y emplear a fondo los dedos (sus dedos los podía sentir sobre mi vientre, y aun por detrás, tratando de forzar la retaguardia), había una melodía, un lujo de llamadas y fanfarrias, un arte insólito. Hambrienta en el oscuro bosque, elevándose sobre su silla, Clarissa enarbolaba el instrumento, *corno da caccia* que

convoca al acoso; y el acoso a la gentil masacre. Locos de pasión, nos masacramos.

Cuando todo acabó, ella cayó a mi lado, respirando a gritos, como si llevara una bala en el pulmón. Yo también había quedado exhausto; sabía que durante el acto me había volcado un par de veces, pero por más que lo intentara, no lograba recordar en cuál rincón, en qué cuevita de su dulzona carne.

—Aquí está *Cumba* —la oí decir y abrí los ojos.

El animal volaba bajito. Me quedé inmóvil, esperando que regresara a su jaula, o se largara al condenado infierno. De repente lo vi planear, avioncito repugnante que aterrizó sobre uno de los muslos de Clarissa. Ella lo llamó, le dijo: «*Cumba, sweetie, come here*!», y el bicho se arrastró, trepó por su torso y se acercó a su pecho. Los pezones de Clarissa eran redondos y duros, diminutos como frijoles. *Cumba* puso su boquita allí y Clarissa sonrió como una madre comprensiva.

Volví a cerrar los ojos y pensé que hacíamos una bonita familia.

—¿Sabes lo que es la murcielaguina? —preguntó Sebastián, dedicándome una sonrisa irónica, pero a la vez muy tierna.

—Supe lo que era Clarissa —le dije—. Una fiera riquísima en la cama. Eso bastó.

—Es la caca de los murciélagos —precisó sin hacerme caso—. Si te llega a caer en la boca o en los ojos, ya sabes, fiebre y letargo para toda la vida.

Eran apenas las diez de la mañana, pero yo llevaba en el periódico desde las siete. Creo que era la primera vez, en tantísimos años, que me presentaba a esas horas. Había silencio y rondaban los fantasmas de todos los periodistas muertos. Nadie se retiraba del todo: los jubilados buscaban cualquier excusa para dejarse caer por la redacción. Pero los muertos ni siquiera excusas necesitaban. Vagaban de mesa en mesa —Ibsen, la redactora de Sociales, juraba que los había visto— ya su paso empujaban sillas y arrastraban bolígrafos. Al filo de las ocho y media, uno de esos fantasmas sopló unas hojas que yo acababa de compaginar. Me quedé absorto pensando que tal vez era un buen fin para un siniestro fin. Sebastián, por su parte, se negaba a olvidar a Clarissa.

—Quién sabe para qué necesitaba al murciélago —musitó—. Esas mujeres del Medio Oeste son muy raras… Menomonie, ¿qué clase de pueblo es ese?

No era en absoluto rara, más bien lo contrario. Después de un tiempo juntos, yo era capaz de predecirlo casi todo con respecto a ella. Sabía con certeza los pensamientos que la apenaban; la música que preferiría; los platos que iba a pedir. Anticipaba incluso las frases que de un momento a otro iba a decirme. En lo único donde mantuvo la originalidad, esa bestial frescura, fue en la cama. Pero no por mucho tiempo. Cumplí mi deseo de verla sentada entre las almohadas, totalmente desnuda, tocando la trompa. Y tal como lo

había previsto, enloquecí mirándola, la besé mucho y la clavé hasta el desastre. El desastre, tarde o temprano, es el aburrimiento.

—¿Tú crees en los fantasmas, Sebastián?

Se encogió de hombros. Tenía la cinta de felpa en una mano y le daba vueltas al frasco de alcoholado que estaba sobre el escritorio. Significaba que la migraña lo empezaba a rondar.

—Clarissa sí. Se acostaba conmigo, pero amaba a un fantasma: el de un trompista famoso que se había muerto hacía años.

—Tú mismo lo has dicho —recalcó Sebastián—, que los trompistas tocan como si estuvieran haciendo lo otro. La próxima vez que vaya a un concierto, me voy a fijar.

Dennis Brain se llamaba el fantasma. Clarissa me enseñó sus fotografías, me obligó a escuchar sus discos, me convenció de que era un genio, y a fe mía que lo era. Ni siquiera lo conoció personalmente. El hombre murió en Londres, cuando Clarissa era una niña.

—Se dirigía a un ensayo con la Sinfónica de Londres —dije de pronto.

—¿Quién? ¿Quién iba a un ensayo?

La voz de Sebastián y su pregunta me provocaron una sensación de *déja–vu.*

Había empleado antes esas mismas palabras, estábamos sentados del mismo modo y en el mismo lugar, frente a su escritorio, entre esas tres paredes modulares cubiertas de fotografías.

—El fantasma con el que se entendía Clarissa —respondí—o Eso antes de ser fantasma, claro. Salió de tocar en la BBC y aceleró el auto hasta ponerlo a no sé cuántas millas. Iba desaforado, y no porque se le hiciera tarde.

—A Manuela tampoco se le hacía tarde —murmuró Sebastián y a mí me temblaron los párpados. Fue una reacción violenta que nunca antes había tenido. El miedo, tal vez. Y en cierta forma, desde muy lejos, el dolor.

—Estuve en el archivo y busqué la nota necrológica —añadió Sebastián—. Nadie se muere de ese modo.

—Yo no lo supe enseguida —dije bajito. Sentí como si me hubiesen sorprendido en el acto de mentir—. Estaba con mi mujer de vacaciones, me llevé unos libros y durante esos días casi no abrí los periódicos.

Sebastián notó mi malestar; quiso cambiar de tema.

—Tu mujer… Apuesto a que de ella no escribes una línea. En el fondo eres un puritano.

En el fondo, pensé, yo no era más que un hombre que intentaba desaparecer despacio. Así dice una canción de Schonberg, creo que es una de esas canciones de cabaret: desaparecer despacio y morir levemente. Manuela Suggia, por ejemplo, había muerto a profundidad, con todo su ser y todo su espíritu. Con ella, además, moría la locura; y en su fuero interno, la maldad; y bajo las plantas de sus pies, el miedo. Uno muere con todo, con el pijama y con el ardor. Eso también lo dice la canción de Schonberg. O tal vez la frase está en una canción de Loewe, he disfrutado mucho de esas canciones. Tuve una amiga que me las cantaba. No era virtuosa, dirigía un pequeño coro en Nueva York y por gusto aprendió ciertas baladas.

—Si no quieres escribir ese final —dijo Sebastián—, no te preocupes.

Yo estaba pensando en las voces del coro; en mi amiga, que era soprano coloratura, y en los ardores bajo el pijama. Mi expresión tuvo que ser la de un idiota.

—El final de la historia con Manuela Suggia —aclaró Sebastián, alzando un poquito la voz—. No tienes por qué escribirlo nunca. Todavía te quedan muchas historias que contar, más alegres para ti y para mí. Por ejemplo, ese violista rococó…

—La historia con Manuela ya la terminé —dije despacio—. Precisamente te la iba a dar ahora.

Le mostré el montoncito de páginas que un fantasma había desordenado. Sebastián abrió los ojos como si viera un plato delicioso.

—Si no te molesta, las leo ahora mismo y te doy mi opinión.

—Al contrario —le dije—o Es temprano, voy a la cafetería y en media hora regreso.

Por fin abrió el frasco de alcoholado y empapó la cinta de felpa. Se la colocó alrededor de la cabeza.

—¿No quieres que te traiga un café?

Sebastián estaba como hipnotizado; levantó la vista y contestó con otra pregunta:

—¿Retomaste la historia en el punto dónde la habías dejado?

Sonreí y me dispuse a salir.

—*First fucking*… —lo oí murmurar.

Agregó alguna otra cosa, pero las palabras me llegaron cambiadas, como si vinieran desde el más allá.

Manuela

—Ahora mandas —aulló Manuela, entrecortadamente.

Pensé que nunca lo lograría, y que si acaso lo lograba, mi repulsión y mi arrepentimiento iban a ser tan grandes que algo se licuaría dentro de mi cabeza Tuve temor de desplomarme; de quedar paralizado allí, con medio antebrazo sepultado en su vientre. ¿A qué punto de denigración, a qué niveles de atrocidad y locura estaba descendiendo?

Y sin embargo, cuando la oí gemir, cuando experimenté esa blanda sensación de haber metido la mano dentro de una fruta, algo se despertó en mi interior. No era deseo solamente, era más que eso: una mezcla de deseo y de vértigo. Como un pequeño orgasmo que se prolongaba. Débil, sí, pero incesante.

Con mucho miedo, cerré mis dedos. Manuela me había advertido que tenía que ser cuidadoso. Si la arañaba, o si la desgarraba por cualquier motivo, ella no podría sentirlo (una vez dentro, ya no se siente nada), y entonces sí cabía la posibilidad de que se fuera en sangre. Cuando por fin las puntas de mis dedos tocaron la palma de mi mano, oprimí duro, duro y dichoso. El puño cerrado era mi gran conquista. Manuela gritaba sin parar, pero yo apenas la oía. Con la otra mano me acariciaba el sexo, testigo perenne y delatado, y en una de esas me sentí venir, si es que puedo decido de esa forma. En realidad, sentí que me marchaba. Al mantenido vértigo que me había estado sofocando desde que la penetré, se unía ahora esa conmoción total, un fenómeno de marejada, algo que nunca había sentido en mi vida, y que luego ya no he vuelto a sentir.

Después de haber eyaculado, con gran cautela retiré la mano enguantada. De inmediato sufrí lo que supongo fue una especie de síncope: lo vi todo oscuro y me desplomé, me oriné al mismo tiempo y me revolqué en mi propio orín. Manuela, que estaba tan

entera, se inclinó sobre mí y me sopló la cara, y luego se levantó para buscar una bebida, un refresco, supongo. El sabor dulce me revolvió el estómago, me di cuenta de que iba a vomitar y le pedí que me ayudara a llegar al baño. Hubiera sido el colmo de la degradación vomitarme encima, desnudo, al pie de la cama. En el baño, Manuela aprovechó para empujarme hacia la ducha. Nos metimos los dos, yo me sostenía en ella, la abrazaba porque temía caer. Sin embargo, la notaba pálida, y me confesó que estaba adolorida.

Dos o tres horas más tarde, me despedí de Manuela y fui a mi casa. Estoy seguro de que estaba demacrado, rígido, totalmente débil. Era como un chiquillo que ha pasado por una enfermedad muy grave: aún no comprende la magnitud de ese peligro, no sabe que se asomó a la muerte, pero intuye que, por un pelo, ha escapado de algo terrible y definitivo. Mi mujer me dirigió una mirada de espanto cuando me vio llegar: probablemente nunca me había visto tan devastado en toda su vida. Vino a la habitación detrás de mí, se quedó mirándome mientras me desvestía.

—¿Qué tienes?

Tenía ganas de llorar, en primer lugar. Algo, una idea tal vez, barrenaba mi cerebro y circulaba por mis venas, y se estaba filtrando en gotitas venenosas a través de todos mis órganos. Estaba invadido, infectado en mis células.

—Creo que me estoy muriendo.

Mi mujer estaba acostumbrada a casi todo: pelos rubios en la bragueta, manchas de maquillaje en los calzoncillos, historias chapuceras, de todo punto intragables. Pero nunca, en todos aquellos años, me había oído hablar de muerte. La vi ponerse en guardia; algo de mi terror le transmití, puesto que vino hacia mí y me tomó la cara entre sus manos.

—Estás helado.

No sé si fue en ese momento cuando se me empezaron a salir las lágrimas. De pronto me vi sentado en la orillita de la cama, desnudo, sollozando como si alguien acabara de informarme de la muerte de un ser querido. Mi mujer me frotaba la espalda, y cuando pensó que estaba serenándome, fue a la cocina para preparar una infusión. Me trajo una tila, algo caliente que en parte liberó mi espíritu. Porque era mi espíritu el que había quedado atrapado,

inmóvil dentro de un puño invisible. Si en algún momento, durante aquel episodio brutal, me creí en posesión del poder —las vísceras, el temperamento—, ahora me daba cuenta de que todo había sido un espejismo. El vientre que llevaba la huella del intruso brazo era mi vientre. Y mi cerebro, mi sensibilidad, mi sentido común (si aún me quedaba alguno) llevaban la marca de unos morbosos dedos.

Dormí mal, lleno de sobresaltos. Tuve pesadillas, una de ellas acerca de la muerte de Manuela Suggia. Estábamos en un teatro y alguien le pidió que tocara *Hora staccato*, esa melodía macabra que simula ser alegre, pero que vende el alma, u obliga a venderla, a todos cuantos la escuchamos. Yola escuchaba con ansiedad, me ahogaba dentro de mi sueño. Hasta que de pronto ella dijo que tocaría «Petronius», dijo ese nombre y me miró. Mi angustia terminó de golpe, y de su violín comenzó a salir una melodía que por momentos era tensa y compleja, pero luego se tornaba transparente, grácil, tan rica en armónicos que daba la impresión de que el aire era espeso, y en el aire flotábamos. Me sentí resguardado en ese vientre intacto; la música del violín se iba volviendo cálida, tenía textura, una sonoridad perfecta, en la que entraban y salían ideas como pajaritos. Fui tan feliz como se debe ser cuando se atraviesa la frontera de la muerte. Pensé que estaba muerto. Y en eso sentí un golpe: Manuela había desaparecido. Sobre el violín, que quedó tirado en el suelo, había un lazo negro. Al descubrirlo, grité: fue un grito de horror que atravesó mi sueño, la noche, la muerte simulada y el presentimiento de la muerte verdadera. Mi mujer me sacudió y me desperté bañado en sudor, más triste y más frágil, los pies helados y la necesidad de volver a escuchar aquella melodía. Lo malo es que la partitura de «Petronius» no existe, o está perdida, oculta en algún sitio, quién sabe dónde. Mi mujer preguntó si deseaba beber un vaso de agua. Le respondí que yo mismo iría a buscado, pero en lugar de ir a la cocina me dirigí a mi estudio, trastabillando y con escalofríos. Saqué diez o doce libretas, busqué torpemente entre sus páginas, rompí una de ellas sin querer, y al fin encontré las notas de mi viaje a Boston. En aquella conferencia, un musicólogo alemán se había referido a un deslumbrante solo de violín, que permanecía extraviado y se titulaba «Petronius», compuesto por Giovanni Battista Pergolesi, aunque se habían hallado, mucho más tarde, confusas referencias en los papeles de un

allegado de Paganini. Sólo se sabía que era una obra difícil y que tenía un epígrafe en latín; el musicólogo lo recitó y yo lo copié. Leí en voz alta las palabras:

—*«Illa manu moriens telum trahit».*

Cerré la libreta y fui a buscar ese vaso de agua. Cuando regresé a la cama, mi mujer aún estaba despierta.

—Esto es grave, Agustín.

Me lo dijo en un tono tal que yo entendí lo que tenía que entender: «Esto ha llegado muy lejos», o «Si sigues con esa mujer, vas a volverte loco». Le respondí en la misma clave:

—Ya sé. Pero se me está pasando.

A la mañana siguiente, al igual que reinciden los criminales o los borrachos viciosos, yo reincidí. Me olvidé de mi horror de la víspera y fui a ver a Manuela. Tenía una excelente excusa: quería saber si estaba viva. Después de aquel sueño que había tenido, ese monstruoso y miserable sueño, necesitaba comprobar que respiraba, que su piel estaba tibia y que su voz sería capaz de musitarme cualquier cantidad de salvajadas. Cuando llamé a su habitación, desde el vestíbulo, nadie me contestó. Entonces decidí subir, pero ni siquiera tuve paciencia para esperar el ascensor y me lancé escaleras arriba. Una vez frente a su habitación, toqué dos veces. Oí su voz, dijo algo incomprensible. Y al final abrió: abrió desnuda y estaba hecha polvo. Era evidente que se acababa de despertar, y me miró con desinterés, como si todavía estuviera ocupada en algo que había quedado inconcluso dentro de su sueño. Le pregunté cómo se sentía y frunció su boca de patito feroz. Dio media vuelta y no pude evitar desearla otra vez, con un dolor que era como un cansancio. Me precipité hacia ella y la besé en el pelo, esa paja amarilla que olía a seres extraños, a mi sexo y al suyo, y a un puñado de olores que sin duda habían salido de su dolido vientre. Le agarré los pechos y la mordí en los hombros; ella continuaba dándome la espalda y yo no le veía la cara. No tenía modo de saber si cerraba los ojos o si miraba al vacío. Le juré que la necesitaba y susurró que estaba muerta y sólo le apetecía dormir.

—Jódete —le dije, le di vuelta y la besé en la boca; era como una droga.

Manuela me correspondió al principio. Pero de pronto se apartó:

—Hay una condición: me tienes que amarrar.

Yo la agarré por las muñecas.

—Ni condición ni cojones. Ahora sí mando.

Hubo un amago de lucha, pero debía de ser cierto que ella estaba agotada. Gritó palabras obscenas, las gritó en un portugués que a mí me pareció latín. Al mismo tiempo, tiraba dentelladas, pateaba con sus piernas de ciclista, arqueaba la cintura y se negaba a que la penetrara. Yo escupí sobre ella, la insulté con frases bochornosas, y cuando por fin me impuse, cuando me sintió dentro, se desmadejó. La seguí insultando por unos minutos, pero luego también fui calmándome, besándola con ternura, diciéndole que la quería. Le solté los brazos y ella continuó aplacada y blanda. Eso fue peor, porque entonces me di cuenta de que Manuela era un vicio verdadero, y que sus vacaciones se terminarían muy pronto y yo ya no sabría vivir con ese afán de asesinarla y de comerla viva.

Al terminar, éramos dos cadáveres. Yo ni siquiera tenía ánimos para retirarme de su cuerpo. Le lamía las axilas como un perro, balbuceaba tercamente unas palabras que ella había dicho primero: «Fuera, fuera». Al cabo de un rato, reuní un poco de fuerzas para levantarme y pedir algo de comer. Tenía que ir al conservatorio, pero s6lo pensaba en la hora del regreso. Manuela, mientras tanto, se dio un largo baño y se vistió. Después de haber comido, se le notaba incluso un mejor semblante. Dijo que haría unas compras y que nos veríamos al día siguiente. Descartaba, con esa frase, cualquier posibilidad de encuentro al final del día. Yo me alegré y no me alegré. Por un lado, deseaba llegar temprano a mi casa, cenar con mi mujer, recobrar un poco la normalidad, algo que ahora me parecía tan lejano. Por el otro, me molestó la certeza de que Manuela iba a encontrarse con alguien, o simplemente planeaba salir de cacería.

Traté de mantenerme ecuánime. Me moría por rogarle que nos viéramos esa noche, pero sabía que era inútil. Se lo veía en la cara, en ese rostro que de buenas a primeras se había vuelto más duro y más distante que nunca. Todo era tan violento que decidí dejar la habitación antes que ella. Ni siquiera le pregunté a qué hora nos veríamos al día siguiente. Tuve miedo de su respuesta y salí a la calle sintiéndome un disminuido, una criatura despreciable y sola.

No la volví a ver hasta dos días más tarde. Ella no me buscó, aun cuando sabía dónde hacerlo. Y yo decidí, en contra de mis deseos —

más que de mis deseos, en contra de esa obsesión que me roía el hígado—, que lo mejor era dejar pasar un par de días. Era el mes, de junio, hacía calor y me presenté a mediodía. Cuando me abrió la puerta, estaba a punto de irse a la playa.

—Tengo que aprovechar lo que me queda —dijo—. Ya sabes que me voy mañana.

Le dije que no lo sabía y ella se echó a reír.

—Da igual —agregó—. De todas formas, no pensaba acostarme más contigo.

La besé en el pelo, en la nariz larguirucha y fría. Ella se dejó, era su nueva táctica. Le acaricié las nalgas y empecé a lamerle el pecho. Le vi una marca en el cuello y me retiré para mirarla mejor.

—Fue antenoche —susurró—. Un tipo de verdad, con un señor badajo entre las piernas. Distinto a esa piltrafa tuya…

Señaló hacia mi sexo, que justo en ese instante había empezado a espabilarseLa empujé, la desnudé —sólo llevaba el bañador—, la sometí, pero no fue lo mismo. Ella lo sabía y se burlaba. No mostró un ápice de placer o compasión. Fría como una almeja, se abrió y dejó que me escurriera dentro. No recuerdo otro encuentro más soso y desgraciado, ni siquiera con mi propia mujer. Todavía, tras vaciarme como un perro —como un perro herido—, quise animada y le hablé al oído. Ella volvió la cara, me empujó y saltó de la cama para ponerse de nuevo el bañador.

Me entraron ganas de vomitar y sentí que la despreciaba. Pero en el fondo era un desprecio lleno de lujuria. Me vestí vencido y le tendí la mano. Ella, por toda respuesta, me dio una bofetada. No era una bofetada de provocación, sino de real desdén, de tirria, de incomodidad. Lo que salió de ese hotel, bajo ese sol siniestro, no fue un hombre, sino un guiñapo. Me quedé en blanco —lo he dicho antes—, pensé que estaba incapacitado para sentir de nuevo y guardé meses de fidelidad absoluta, quiero decir, de frustración.

Esa etapa, por fin, la superé en los brazos de Alejandrina Sanromá, ángel de la celesta. De ahí en adelante todo marchó mejor, en la calle y en mi casa. Después de meses de desánimo, recuperé mi ritmo en la enseñanza, y recuperé, sobre todo, mi tono cáustico al escribir. Mi mujer, que en algún momento pensó que yo estaba queriendo abandonada, respiró más tranquila. Mi fidelidad forzosa, a la que obviamente no estaba acostumbrada, le había

hecho daño. La noté un poco avejentada, retraída, impresionada por mi cambio. Entonces decidí enmendarlo, y cuando las aguas volvieron a su nivel; la invité a un viaje de placer. Fuimos a las islas Vírgenes, dejamos a la niña con sus abuelos y ella sintió que nuestra relación cogía un nuevo aire.

Una mañana, al tercer o cuarto día de nuestras vacaciones, abrí un periódico y vi la noticia. La violinista Manuela Suggia se había suicidado en El Paso, Texas, horas después de haber tocado el *Concierto* de Berwald. Cerré el periódico, fui a mi habitación y lo guardé en la maleta. Pretendí no haber leído nada, no saber nada. De regreso a casa, varios días más tarde, abrí el periódico y bebí el resto de la historia como si fuera una copa de veneno: después del concierto, sin cambiarse de ropa, Manuela fue a su hotel y se tragó unas cuantas pastillas. Antes de que le hicieran ningún efecto, se acostó y colocó sobre su rostro un pañuelo embebido en formal. Así, con la cara cubierta, la hallaron al día siguiente.

Me quedé absorto, con el periódico abierto sobre la falda. Mi mujer me sorprendió en el trance, no pude evitar que se fijara en la noticia.

—¿Era realmente buena? —me preguntó, mirándome a los ojos.

—La mejor —le dije, y me mordí los labios.

—No era una mujer —dijo Sebastián, sin alzar la vista.

—Claro que lo era —respondí—. Pero más vale que lo dejemos ahí…, a los muertos no hay que tocarlos mucho.

Supuse que se sentía un poco incómodo. Quizás el tono de mi escrito, la enferma confesión de aquellas páginas, lo habían puesto en una posición difícil.

Mientras estuve en la cafetería, espanté dos o tres recuerdos adicionales, todos relacionados con Manuela, y pequeñas historias que todavía no me había atrevido a relatar. Luego subí a la redacción con una sensación de libertad. Me sentía más joven, menos amargo. Se me ocurrió que al fin y al cabo sí debía viajar con mi mujer, poner mar de por medio y esperar que mi interior se reorganizara poco a poco.

—Tienes una vida —agregó Sebastián. Lo dijo en un tono tormentoso, como si me dijera: «Tienes un cáncer».

—Ninguna de esas historias, por separado, vale nada —argumenté dulcemente, como si consolara a un niño—. Tiene que haber un hilo, Sebastián, algo que va de una piel a la otra, sin que nadie se dé cuenta, claro. Sólo uno mismo, al final, debe ver la puntada.

—Y tú acabas de verla…

Intentó ser irónico, pero yo realmente me estaba despidiendo.

—La estoy viendo hace rato. Desde que empecé a escribir. Y ahora tú también la has visto. No vale la pena que disimulemos: uno se muere dos veces. O mejor dicho, hay que organizar una primera muerte, a nuestro modo, con nuestra memoria y nuestros cachivaches, apartando un solo instante que es la clave de todo. Y cuando tenemos eso, la otra muerte ya no nos puede.

Soltó una risita infeliz, me devolvió los diez folios que le había dejado y me miró como si se estuviera hundiendo.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Cogerme unas vacaciones. ¿No piensas cogerlas tú?

—A fin de año —dijo; hablaba con cierta dificultad, como si se estuviera emocionando y no quisiera demostrarlo—. Quiero ir a Brasil. Siempre he querido eso.

Sobrevino un silencio largo, era una despedida en forma. Me acordé de una pieza de Fauré, la *Elegía para violonchelo y piano*. Si hubiera tenido que ponerle música a mi vida —a esa precisa parte de mi vida—, seguro que se habría escuchado el violonchelo, que entra apenas unos segundos detrás del piano, y que se desmelena en una melodía imposible, tan ardorosa como visionaria.

—¿Y lo del violista? —recordó Sebastián, un poco más recuperado—. ¿Crees que es justo que te largues así, sin acabar de contarlo?

—Por supuesto que es justo —le dije—. Pero ya que te interesa tanto, cuando vuelva te lo cuento todo. Se me han quedado algunas historias en el tintero.

Sebastián se puso de pie y me echó una mirada de cariño. Yo se la devolví. Habíamos trabajado juntos durante décadas, En el fondo nos conocíamos más de lo que sospechábamos, tal vez más de lo que conocíamos a nuestros respectivos hermanos, incluso a nuestras propias mujeres.

—Además, Sebastián, piensa una cosa: ¿qué orquesta estaría completa sin un buen director?

Sentí que no agarraba el significado de la frase, pero no agregué una sola palabra. Salimos juntos al pasillo, y juntos caminamos hacia los ascensores.

—¿¡Un director!? —exclamó tardíamente—o No me digas que tú…

—Austriaco, por supuesto —respondí guiñándole un ojo—, no hubiera aceptado otra cosa.

Me echó el brazo por encima del hombro. Éramos ya mayores y hacíamos una pareja cómica: Sebastián flaquísimo; yo, en cambio, un poco pasado de libras y algo cargado de espaldas. Zigzagueamos como dos borrachines.

—Me hubiera gustado que fuera japonés —dijo Sebastián.

—Nada de eso. Aunque debo confesarte que, en efecto, hubo una japonesa, ¿sabes lo que es un saron?

—¿Una marimbita?

—Más o menos. Fue flor de una noche esa niña. Si te pones a ver, una noche inconclusa, porque no llegué a todo, y cuando digo todo…

—Ese austriaco —me interrumpió Sebastián; su voz se fue perdiendo a medida que se cerraban las puertas del ascensor—, creo que debes empezar por ahí. ¿No fue aquel que vino a dirigir…?

Apuesto a que el pasillo se quedó en silencio. Era temprano, y sólo los aparecidos danzaban junto a las paredes: planeaban travesuras, trastocaban las sombras, pegaban el oído a las rendijas por ver si capturaban otro detalle más. El final de una historia, de cualquier historia.

Para los muertos es siempre la misma.



MAYRA MONTERO. Nació en La Habana, Cuba, en 1952. En 1972 se traslada a Puerto Rico, país en el que reside desde entonces y donde se integra en el mundo cultural y activo–social y colabora con varios medios de comunicación escribiendo crónicas sobre espectáculos musicales o columnas como en el periódico El Nuevo Día, algunas de las cuales recopiló y publicó en Aguaceros dispersos.

Aunque proviene del mundo periodístico, publicó su primera novela en 1987, La trenza de la hermosa luna, pero su éxito, y la obra que la dio a conocer, fue La última noche que pasé contigo, finalista del premio La Sonrisa Vertical. Su siguiente premio le llegó cuatro años después, en 1995, con Tú, la oscuridad, obra destacada por la crítica. En el 2000 su relación con la literatura erótica resulta una vez más premiada y es escogida ganadora de La Sonrisa Vertical con Púrpura profundo.